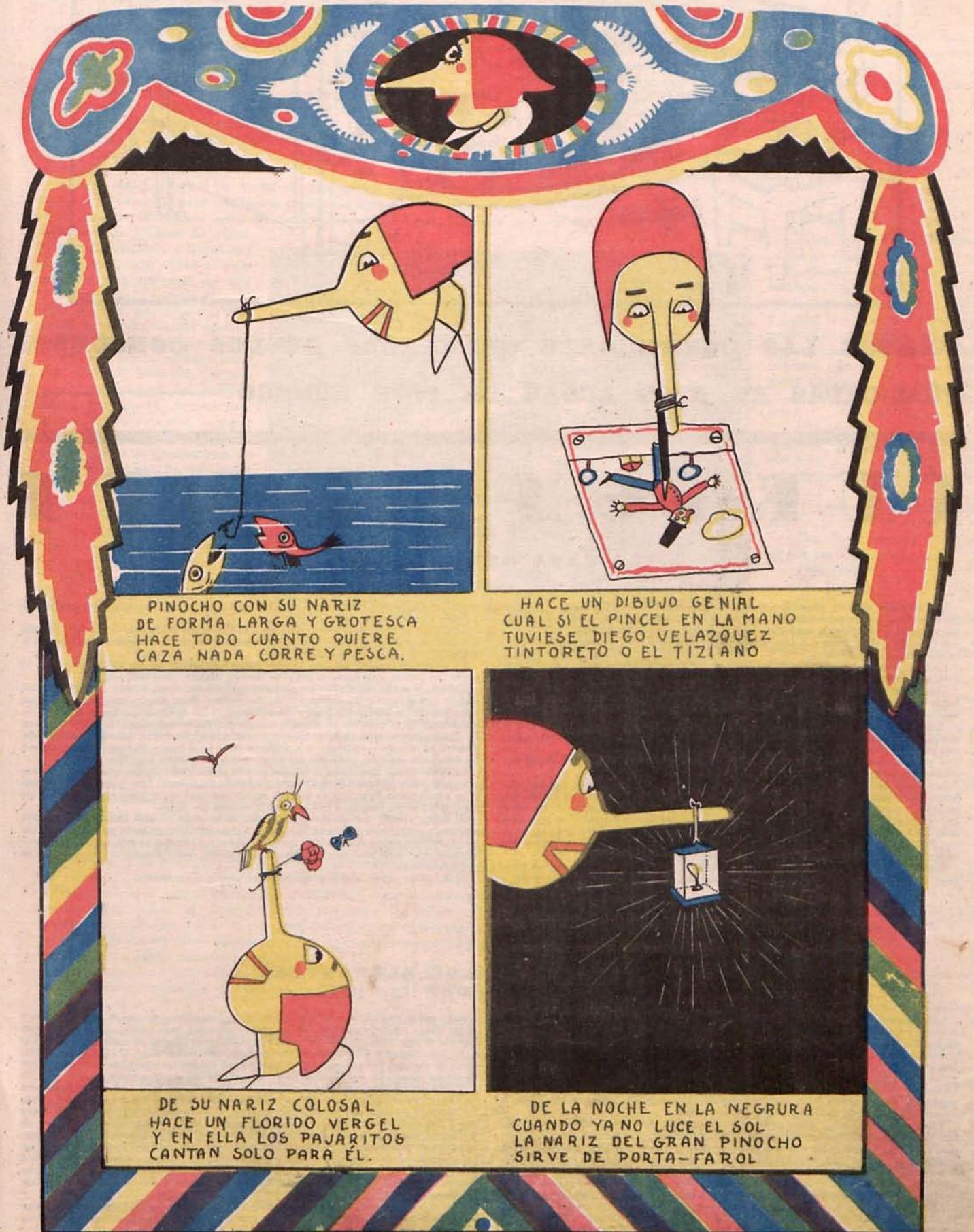


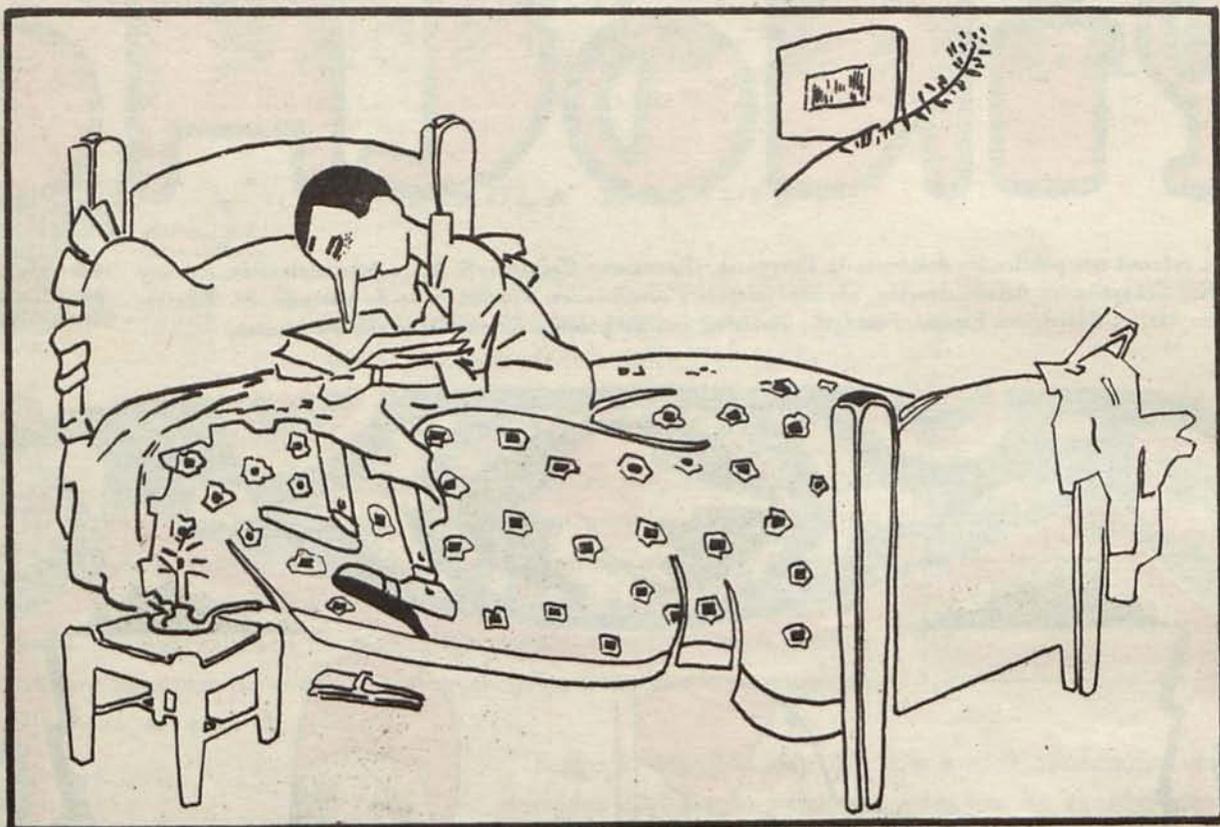
PINOCHO

Semanario infantil que publica los domingos la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. :: Administración, cierre y talleres: *San Sebastián*. :: Administración, correspondencia y suscripciones: *Madrid*, calle de Valencia, 28. Apartado 447. :: Suscripción: España, Portugal y América, año 20 pesetas. Otros países, año 30 pesetas.

40 céntimos.
Año I.—NÚMERO 38
8 Noviembre 1925



CONCURSO DE COLORIDO



VÉANSE LAS CONDICIONES GENERALES DE LOS CONCURSOS PUBLICADAS EN OTRO LUGAR DE ESTE NÚMERO

CURIOSIDADES

LA CASA DE LA ARAÑA

Los animales sienten, como las personas, la necesidad de tener un lugar donde resguardarse de las inclemencias del tiempo y de los ataques de sus enemigos, y donde dejar sus crías al abrigo de cualquier desgracia. Por eso son innumerables los animales con vivienda propia, o sea con casa que se construyen ellos mismos, adaptándola a sus necesidades y costumbres.

Unos las hacen en los troncos de los árboles; otros, en las ramas; otros, subterráneas, y así sucesivamente.

Una de las viviendas subterráneas más curiosa es la de la araña, pues es de entre todas la única que tiene puerta para poder aislarla por completo del exterior. Y no sólo tiene puerta, sino también cerradura.

¡Cuántas precauciones! —diría. Es verdad. Pero hay que tener en cuenta que la araña es el más miedoso de los animales, y que en cuanto siente el más leve ruido cree que peligra su vida y se deja caer al suelo extenuada por el miedo.

Y por eso, por los peligros que supone vivir al aire libre, la araña se construye una casa que la resguarde bien.

Las casas de las arañas suelen tener, por lo menos, dos habitaciones. Las hay que tienen hasta cuatro o cinco, y todas tienen la forma de un embudo, esto es, anchas por su parte superior y estrechas por la inferior. Entre habitación y habitación, hay siempre una puerta, que nunca está abierta, y que es una verdadera maravilla de ingenio y arte. Está construida con treinta pequeños pedazos de telaraña, y entre uno y otro hay una fina capa de tierra, lo que representa, como si dijéramos, treinta puertas unidas una a otra, que le dan un grosor bastante regularito.

Esta puerta tiene, como las que vemos en nuestras casas, sus correspondientes bisagras, formadas por una prolongación de la telaraña, fuertemente adherida al suelo; y

como en la construcción de esta bisagra no entra tierra, es, naturalmente, mucho más delgada que la puerta y muy flexible.

La puerta es redonda y cierra por presión. Cuando la araña sale de su casa, levanta con su cuerpo la puerta, y luego ésta se cierra por sí sola, obedeciendo a la ley de la gravedad.

La cerradura consiste en unos microscópicos agujeritos, en los cuales introduce la araña sus patitas, que hacen el papel de llave, y tirando, abre fácilmente.

Cuando la araña sale de la casa para sus quehaceres, tiene la más absoluta seguridad de que al regreso no encontrará la casa violada, pues ningún otro animalito tiene unas patitas tan tenues que pueda introducir las en los agujeros que hacen las veces de cerradura. Si la casa no se cerrase, más de una vez se encontraría la propietaria con la desagradable sorpresa de que otro aprovechado bicho había tomado posesión, sin firmar el consabido contrato, y la araña se vería en el trance de tener que proceder a un desahucio violento, midiendo sus armas con el inesperado inquilino.

La araña nunca duerme en la habitación más próxima al exterior, que puede ser considerada como el vestíbulo de la casa, sino en la contigua a ésta, pues si por alguna rara contingencia la puerta de entrada se abriese para dejar paso a un enemigo, no sería el susto tan grande, y por lo tanto la victoria tan difícil.

El único animal que puede violar la casa de la araña es otra araña. Cuando esto ocurre, la propietaria resiste en la segunda habitación, tirando de la puerta para evitar que la intrusa pueda abrirla. Si su contrincante es más fuerte, va retirándose a las habitaciones interiores, cediendo terreno paulatinamente, hasta llegar a la última, donde se entabla la lucha.

Si la intrusa vence, queda propietaria del terreno conquistado.

EL LENGUAJE DE LOS ELEFANTES

Los animales tienen un lenguaje especial, mediante el cual se comunican sus pensamientos y decisiones. Claro está que el lenguaje de los animales no es, ni con mucho, un lenguaje real y verdadero, como el nuestro.

Sabemos que los caballos, relinchando y piafando, se comunican con sus semejantes. Los perros exteriorizan sus diversos estados de ánimo con muy expresivas formas. Los gatos, como los demás bichos, no carecen de lenguaje. Y no hablemos de las aves, que conocen y emplean el idioma más bonito del mundo. Todos, todos los animales tienen, según sus posibilidades, gritos y signos que corresponden, con absoluta exactitud, a deseos, pensamientos, decisiones, alegrías o tristezas.

Entre todas las bestias viene a ser el elefante debido, sin duda, a su talento, el animal que posee el idioma más expresivo y perfecto. Así pudo observarlo Mr. W. Hornaday, quien fué a la India con objeto de adquirir algunos elefantes para el parque zoológico de Nueva York. Nos cuenta este cazador arriesgado que, una vez en el campo, dieron una batida contra un gran rebaño de elefantes salvajes. Lograron dividir el grupo de paquidermos, y una parte de aquél se dirigió hacia el Norte y otra, la más numerosa, hacia el Sur. Los cazadores se aposentaron entre ambas direcciones, esperando. Al oscurecer comenzaron a oír unos extraños pitidos. Eran los elefantes, que se llamaban unos a otros, con bastante persistencia, para reunirse nuevamente. Así lo consiguieron ante la mirada expectante de los cazadores. Mr. W. Hornaday afirma que los sonidos eran semejantes a los de una corneta, y distintos, desde luego, del resoplido especial que produce el elefante cuando come.

Pero estos paquidermos poseen, además, un lenguaje mudo, acaso más expresivo y eficaz que el lenguaje anotado. Tal ha podido observar, hace pocos meses, un valeroso cazador inglés. Sábemos que en verano el calor agota el agua de muchas charcas. Los animales, entonces, tienen esosos abrevaderos, que vienen a ser, al mismo tiempo, lugares de extremo peligro, pues a sus alrededores acuden los cazadores con la seguridad de cobrar piezas. En cierta noche de verano, el referido cazador inglés tuvo la idea de ocultarse en un árbol, próximo a una charca. Aguardó. Al cabo de dos horas apareció un formidable elefante, sigilosamente, quien después de hacer como un reconocimiento del terreno, se alejó con notable precaución. Al poco rato volvió nuevamente; pero ahora con cinco elefantes más, que fué colocando, a modo de centinelas, de trecho en trecho, en el camino que mediaba entre la charca y el bosque. Desapareció nuevamente el jefe de la expedición, y pasado otro largo rato, se allegó a la charca, ya con el rebaño completo, compuesto de ochenta y tres elefantes. Ninguno probó el agua hasta que el jefe —más grande y viejo que todos los demás paquidermos— hizo una señal de mando. Satisfecha su necesidad, los elefantes comenzaron a retirarse, siempre sigilosamente, con el más prudente silencio.

El oficial quedó perfectamente convencido de que todas aquellas maniobras, talentadas y discretas, correspondían a un plan, que fué comunicado, sin duda, mediante un expresivo lenguaje mudo.

Muchas cosas, en este sentido, podría contarse de los elefantes; pero bastan los anteriores ejemplos para patentizar la eficacia de su idioma, por el momento.

LOS EXPLORADORES DEL MELORIA

POR EMILIO SALGARI

CAPÍTULO PRIMERO

PESCA EXTRAORDINARIA

Al atardecer de un día de agosto de 1868, una de esas barcas de pesca que los marineros de ambas orillas del Adriático llaman *bragozzi* bogaba lentamente frente a la desembocadura del Brenta, a lo largo de la costa de Sottomarina, casi frente a la antigua pero aún resistente fortaleza de Brondolo.

Era una bonita barca de poco tonelaje, de forma bastante redondeada, con dos mástiles que aguantaban otras tantas velas teñidas de rojo, según uso de los pescadores de Chioggia y dalmatas, y un pequeño bauprés que sustentaba un foque del mismo color que las otras velas.

Acababan de lanzar a popa una de esas grandes redes sostenidas por grandes trozos de corcho que aparejan de un modo especial los chiogeses, y que tantas veces son retiradas a bordo repletas de pesca, por cuanto el Adriático, más abundante siempre en pesca que el Tirreno, es probablemente el rincón del Mediterráneo más poblado de habitantes acuáticos.

El mar, tranquilo, casi tan terso como un cristal, no podía presentarse más favorable para una buena pesca. La luna, que acababa de salir, haciale centellear como si, mezclados con el agua, hubiese miriadas de hilillos de plata, luz tan agradable a doradas y salmonetes, que suben a la superficie para disfrutar de ella.

Terminada la redada con mucha lentitud, mientras una leve brisa se dejaba sentir apenas, habiase parado la embarcación frente a la punta septentrional del islote de Bacucco, junto a la desembocadura del antiguo curso del Brenta. Era el momento oportuno para recoger la red, que era de presumir estuviese llena de prisioneros.

Vicente, el patrón, que hasta entonces había permanecido junto al timón, hizo señal a los cinco marineros para que virasen a sotavento, y luego, amarrada la barra al frenel, comenzó a gritar:

—¡A popa, muchachos!... ¡La noche va a ser buena!...

El patrón, capitán y al propio tiempo armador del barco, era un hombre de cuarenta años, de musculosas formas, cuello de toro, capaz de habérselas con un atleta, extremadamente tostado por el sol y las sales marinas. Era el verdadero tipo del lobo de mar véneto, con modales bruscos pero sencillos, que sabía su obligación mejor que el pescador más aventajado de todo el Adriático y que jamás había temblado a bordo de su embarcación.

Había sido primeramente grumete, como todos los marineros venecianos; luego, marinero, y después, reunida una cierta suma a fuerza de economías, habiála invertido en aquel *bragozzi*, prefiriendo pescar por su cuenta y riesgo a servir a otros amos.

Al oír su orden habiáanse apresurado los cinco marineros a trasladarse a popa. Eran cinco jóvenes robustos y valientes como su patrón; cuatro de ellos, nacidos en las playas venecianas. El quinto era eslavo.

Hacia tres años que se habían contratado con Vicente, su patrón, compartiendo con él las duras fatigas de la pesca y los peligros del líquido elemento sin haber tenido jamás cuestiones, cosa bastante rara a bordo de aquellos pequeños veleros, especialmente cuando en ellos entra algún marino extranjero.

Veíase la red perfectamente. Las pequeñas boyas de corcho brincaban sobre las argénteas olas como una inmensa serpiente muellente tendida.

Unas cuantas brazadas dadas con vigor, y la pesca se hallaría a bordo; besugos, merluzas, salmonetes, rayas y acaso también algún atún, que podría venderse con bastante ganancia en Chioggia o en Venecia.

—¡Arriba, muchachos! —exclamaba el patrón, remangándose y descubriendo sus musculosos brazos—. Parece que la red pesa...

Los cinco marineros, alineados sobre la borda de babor, habían comenzado a cobrar las primeras mallas, tirando con fuerza de la gómena en que se sujetan los corchos, mientras el patrón, inclinado sobre la popa, miraba atentamente para juzgar por el brillo de las olas y la agitación del agua si la presa era abundante.

Habían ya cobrado los marineros diez brazas de red, cuando a uno de ellos se le escapó esta exclamación:

—¡Así me trague un tiburón, me parece que la pesca, patrón, más que abundante va ser lo contrario; lo que es esta noche...!

—Creo que tienes razón, Miguel —dijo el pescador frunciendo el ceño—. ¡Parece imposible; con una luna tan hermosa y falta aquí la pesca!...

—¿Tendrá la culpa algún escualo, patrón?

—No hemos visto uno siquiera antes de la puesta del sol.

—Lo cierto es que la red está vacía —dijeron los otros marineros.

—¿Nada aún?

—Nada, patrón —dijo Miguel—. ¡Ni una sardina...!

—Es cosa extraña. No hace aún dos semanas que en este mismo lugar, y en un espacio de pocas horas, pescamos cuatro quintales de peces. ¿Os acordáis, muchachos?

—Ya lo creo —exclamó un jovencillo flaco como una sardina—. Gané doscientas setenta liras en una sola noche.

—¡Arriba, muchacho!

—¡Es inútil, patrón! No hemos cogido ni una dorada; pero... ¡oh...!

—¿Qué pasa?

La respuesta fué una salva de diversas exclamaciones.

—¡Por vida de...!

—¿Qué hemos pescado?

—¡Pesa como un demonio...!

—¡Por San Pedro de Nembol! ¿Qué es esto?

Habíanse detenido los cinco marineros y se miraban mutuamente a la cara. Habían dado a la red tres o cuatro violentas sacudidas, pero ésta había resistido con tenacidad sus esfuerzos, como si un peso enorme o cualquier otro obstáculo la retuviese en el fondo del mar.

—¡Ea, muchachos! exclamó Vicente, el patrón—. ¡Arriba con ella!

—No cede, patrón —dijo Miguel.

—¿Habremos pescado atunes?

—No, no es posible —exclamaron los marineros a coro.

—¿No viene?

—No, patrón.

—¡Fuera...! ¡A ver yo...!

Inclinóse el patrón sobre la borda, asió la gómena con ambas manos y dió un fuerte tirón, diciendo:

—¡Vamos...! ¡Arriba!

Secundáronle los marineros de un modo admirable, pero la red no cedió.

—¡Mil tiburones! —exclamó asombrado el patrón—. ¿La sujetará el diablo con los cuernos...? ¡Vamos...! ¡Coraje, muchachos...!

—Vamos a romper la red, patrón —dijo Miguel, indeciso.

—No la hemos de abandonar en el mar para siempre.

—Son mil doscientas liras, patrón.

—Como si fuesen cuatro mil. ¡Quiero la red a bordo! —respondió el lobo de mar—. Quiero ver lo que se ha enredado en las mallas. ¡No será una ballena, supongo...! ¡Ánimo, muchachos...!

Dieron un nuevo tirón, más potente aún que los anteriores; pero la red no cedió tampoco esta vez. Parecía como si un objeto la hiciera pesada en extremo.

—¡Mil demonios! —exclamó el lobo de mar, comenzando a perder la paciencia—. ¿Qué va a ser esto? ¡Hemos de vencer este obstáculo, aunque haya que dejar media red en el fondo...!

—No viene, patrón —dijo Miguel meneando la cabeza.

El marinero eslavo levantó la mano, haciendo ademán como de querer hablar.

Aquel dalmata era el más viejo, por cuya razón eran a veces tenidas en cuenta sus palabras por todos, incluso por Vicente, el patrón.

Puede decirse, sin exageración, que era un gigante. Alto, fuerte como un granadero de Pomerania, rubio como la mayoría de sus compatriotas y con ojos azules que lanzaban rayos acerados y causaban una impresión bastante profunda.

Por demás grosero, violento, brutal, tolerado únicamente por su fuerza extraordinaria, condición muy apreciada por el patrón, que, ante todo, era un pescador.

—Lo adivino —dijo, mientras sus compañeros le miraban esperando que abriese la boca.

—¿Y qué es lo que adivinas, Simón Storvirk? —preguntó el patrón con cierto aire burlón—. ¿Querrás acaso hacerme creer que



la red se ha enganchado en los cuernos del diablo? Tú eres capaz de creerlo.

—No, patrón —respondió el eslavo.

—¿Qué vas a decir, entonces?

—Que la red se ha enganchado en la arboladura de algún buque naufrago.

El patrón movió la cabeza, como persona que no presta mucha fe a lo que oye, y luego dijo:

—Puede ser.

—Hay que echar mano del cabrestante, patrón —indicó Miguel.

—¡Y la haremos trizas...! ¡Mil doscientas lirás!... ¡Mal hayan las naves que vienen a naufragar aquí precisamente...! ¡Ea, jóvenes, al cabrestante...! Por lo menos, recuperaremos un buen trozo.

A una señal los cinco marineros pusieron las manivelas al cabrestante, pasaron la gómena alrededor del tambor y comenzaron a hacerle girar con fuerza.

—¡Animo, muchachos! —exclamó el patrón viendo que la red comenzaba a ponerse en tensión, mientras el pequeño velero retrocedía por la tracción del cabrestante.

Los cinco marineros redoblaron su esfuerzo sobre las manivelas.

De repente cedió la resistencia que hasta entonces oponía la red, y los cinco cayeron de bruces, unos sobre otros, mientras el tambor, a consecuencia del último impulso, giraba vertiginosamente.

—¡Al fin! —exclamaron a coro.

—O se ha roto la red o hemos arrancado el obstáculo que la retenía —dijo Vicente—. ¡Ea, muchachos, arriba, mil truenos!...

Corrieron a popa todos ellos y agarraron la red con ambas manos.

—¿Viene? —preguntó el patrón.

—Pesa; pero el obstáculo ha sido vencido —respondió Miguel.

—¿Le habremos arrancado los cuernos al diablo? ¿Qué te parece, Simón Storvik? —dijo el patrón mirando con malicia al eslavo.

—Ya lo veremos —respondió el gigante, encogiéndose de hombros.

La red no oponía ya resistencia y prestamente iba quedando a bordo; pero sentíase algo muy pesado que debía hallarse entre las últimas mallas.

Impacientes los cinco marineros por saber lo que era, trabajaban con ahinco febril. Hasta el patrón había puesto manos a la obra, ayudando eficazmente con sus poderosos músculos.

Mientras izaban la red a bordo, los seis hombres hacían suposiciones a cual más disparatadas.

—¿Habremos pescado algún áncora? —decía Miguel.

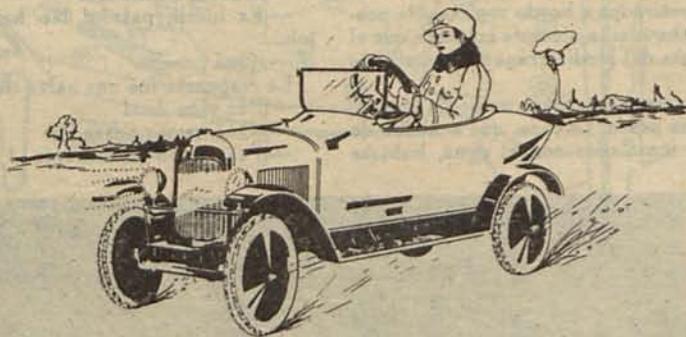
—Lo que hemos cogido es algún monstruo marino —decía Roberto, un joven moreno como un meridional, de negro bigotillo y ardientes ojos.

—¡Quia! —dijo Simón Storvik—. Apostaría a que lo que hemos cogido en la red ha sido una carga de cadáveres.

(Continuará en el número próximo.)

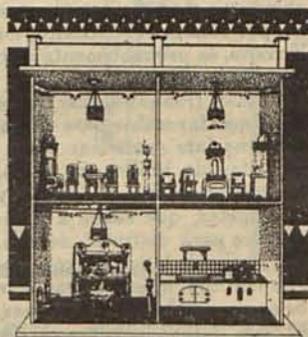


Los elegantísimos tocadores de tul y encajes, con su lámpara eléctrica.



Los colosales automóviles «Citroën».

Con frenos, faros eléctricos, parabrisas giratorio, neumáticos Michelin, «confort», bocina, aceitera, llave inglesa, bomba, goma y disolución para reparación de averías.



Las lindísimas casas de muñecas, estupendamente amuebladas.

¡GRAN SORTEO DE REGALOS DE PINOCHO!

¡Ya empieza a funcionar el bombo, amables Pinochistas! He convocado junta general para dentro de muy pocos días, y aquí vendrán a presenciar el hecho magnífico, D. Turulato y el Barón, Pirula y Currinche. El hecho no es otro que el gran sorteo de regalos, organizado hace tiempo por mi semanario PINOCHO. Hube de retrasar aquél, como visteis, para que todos los Pinochistas, así nacionales como extranjeros, pudieran probar su suerte en este bombo —grande como la cabeza de Chapete— y ya que veo a todos mis amiguitos con sus cincuenta números correspondientes, procedo al sorteo. Este tendrá lugar ante el notario de esta corte, D. Toribio Jimeno Bayón, y en el número próximo publicaremos la lista completa de los números premiados. Mi gusto hubiera sido efectuar este sorteo en público; pero en la imposibilidad de hallar un local a propósito, de capacidad suficiente para tanto Pinochista como hubiera asistido a este acto, me he visto obligado a hacerlo en casa de dicho señor notario, quien levantará acta del sorteo, intervenido por él como depositario de la fe pública. No merecéis vosotros menos que toda esta solemnidad y todas estas garantías.

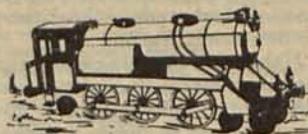
Grande es mi nariz, Pinochistas; pero más grandes y monumentales son los regalos que se impacientan por correr hacia vuestras manos. El bombo empieza a funcionar. ¿Qué decidirá el bombo?

¡SUERTE, PINOCHISTAS!

Doce colecciones completas de las «Aventuras de Pinocho y Chapete», compuestas de treinta y tres tomos cada una.



Tres magníficos triciclos con cadena de transmisión.



Las formidables locomotoras con cuerda que marchan a gran velocidad.



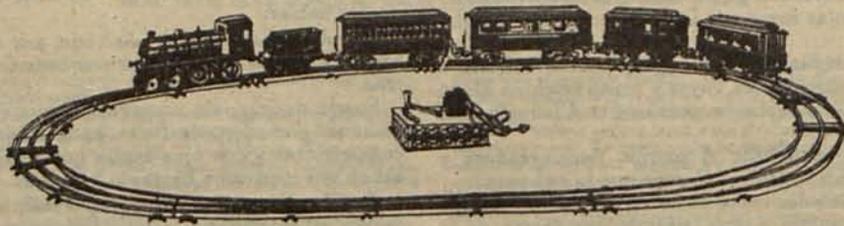
Las estupendas bicicletas para niño o para niña.



Una magnífica muñeca con su «trousseau» completo.



Las preciosas muñecas.



Un tren eléctrico con reostato para graduar su velocidad.



Las preciosas muñecas.

PINOCHO DEPORTISTA

TORNEO FUTBOLÍSTICO DE PINOCHO

La "Unión Currinche" derrota por 3-1 al "Deportivo Pinocho".

En el campo del «Racing» se ha jugado este partido del incomparable Torneo de Pinocho.

A las tres y media se dió fin al partido «Unión Currinche» y «Chapete F. C.».

Aunque los «Chapetistas» lograron marcar tres tantos, como los «Currinchistas» tenían la friolera de cinco a su favor, resultó que, en definitiva, el total fué de 5-3.

Esto nos dará idea de lo nivelados que están ambos equipos, y de que lo mismo puede esperarse una buena actuación de vencedores que de vencidos.

Notamos, sin embargo, y nos parece oportuno llamar la atención sobre esto, que los del «Chapete» sacaron en su equipo jugadores que, por su excesivo desarrollo, alejan la idea de infantilidad que se le quiere imprimir a esta competición futbolística.

Esperamos que esto no sirva de precedente, pues, de lo contrario, el Comité organizador de este Torneo tomará medidas rigurosas para evitarlo.

□ □ □

Pocos minutos después salen al campo los jugadores del «Deportivo Pinocho», que tenían que habérselas con los jugadores de «Los Once Pinochistas de Florida»; mas, como éstos no comparecieron, se enfrentaron con los del «Currinche», que, frescos y animosos, no vacilaron en jugar un partido a continuación de los minutos jugados.

Se alinearon los equipos, y el árbitro, Sr. Galindo, dió la señal de comenzar el encuentro.

Pronto los «Unionistas» dieron muestras de una gran codicia y cohesión, llegando repetidas veces a inquietar al guardameta del «Deportivo», que, no muy ducho en estos menesteres, dió en todo momento una penosa impresión de descolocación.

Los «backs», o defensas, del «Deportivo» fueron los que sacaron a su equipo de una verdadera catástrofe.

La «Unión Currinche» se mostró espléndida de juego, siendo su equipo de un conjunto tan perfecto, que difícilmente se puede señalar una distinción ni en pro ni en contra del bien jugar. Únicamente, y analizando demasiado rigurosamente, podrían darse los nombres de Martín, Rojo y Castañeda como buenos entre los buenos.

Marcaron un tanto cada equipo en el primer tiempo, y en el segundo, la «Unión Currinche» marcó los dos que le dieron la victoria.

De público, un lleno; de entusiasmo, una porción considerable. En suma: una tarde memorable y otra más de triunfo para Pinocho el grande y su Revista.

El árbitro, que, como ya hemos dicho, fué el Sr. Galindo, como siempre, justo e imparcial.

Dux.

Resultados y reseñas de provincias y el extranjero.

MÁLAGA

«Málaga F. C.» y «Real Betis» se enfrentaron en el campo propiedad del primero, siendo el resultado de 5 a 0 a favor del Betis. Ocurrió lo antedicho el 11 de octubre.

Fué en su totalidad el juego duro, escaseando las buenas jugadas,



que ninguno de los dos equipos trató de prodigar, atento sólo a conseguir la victoria.

Del «Betis» trabajaron estupendamente Carrasco, Alvarez, Manolín y Soldaña.

En el «Málaga», Pardo; Fernández cumplió.

El árbitro, señor García, imparcial.

MELENITAS.

BADAJOZ

Último partido celebrado en Badajoz: «Real Club Deportivo Extremeño», 4 tantos; Selección «Figuerense», 1 tanto.

El partido empezó con gran animosidad por parte de ambos equipos. El primer tiempo pasó con relativa tranquilidad por parte de los dos bandos; pero al ir a finalizar, los locales colocaron un tanto, seguido de otro de los lusitanos. Empezó el segundo tiempo, y los locales colaron otros tres tantos, uno de ellos de «penalty».

Se distinguieron de la selección la defensa y los extremos, y en el «Deportivo» se puede decir que el equipo completo, pero, sobre todo, Plácido, el portero.

MARCIAL DÍAZ SERRANO.

ALMERÍA

«Almería F. C.», 2; «Almansa F. C.», 2.



El equipo de la «Unión Currinche», que tan formidable actuación tuvo frente al «Deportivo Pinocho».

A las órdenes del Sr. García se alinearon los equipos.

«Almería»: Córdoba; Jover, Giménez; Mateo, García, Victor; Núñez, Ripoll, Blanes, Rubio y Martín.

«Almansa»: Marín; Lozano, Alonso; Pérez, Hueso, Araez; Trevijano, Pérez, Ferrez, Carrasco y Sella.

Saca el «Almería», que, tras bonitas combinaciones, interceptadas varias de ellas por Lozano y Alonso, a los siete minutos de juego incrusta el balón en la red Marín, el admirable Rubio.

El «Almansa» saca con furia y dureza, y Ferrer marca un tanto que Jover rechaza dentro de la red y no es válido.

En uno de los despejes de Córdoba, Blanes, sorteando a medios y defensas, marca el segundo tanto del «Almería».

En el segundo tiempo domina el «Almansa», que, tras muchos ataques fracasados fríamente por Giménez y Jover, marca los dos tantos del empate.

«Del «Almería» se distinguieron Rubio, Ripoll y Jover, y por el «Almansa», Ferrer, por su dureza.

EME TE.

CÁCERES

El domingo día 4, y a las órdenes del árbitro Sr. Rodríguez, se jugó el segundo encuentro entre el «Arenas F. C.» y «Recreativo Cacereño», siendo el partido ganado por este último, que venció a su contrario por 4 a 2.

Los tantos del «Recreativo» fueron hechos: el primero por Perera, el segundo y tercero por Villa y el cuarto por Luceño. Los del «Arenas», por Remigio, el primero, y el segundo por Caballero.

Los equipos se alinearon en la siguiente forma:

«Recreativo»: León (F.); Preciado, Acedo; Guerra (cap.), Bermejo, Manolo; Villa, Luceño, Perera, León (C.) y Serrano.

«Arenas»: Marín (cap.); Remigio, Alamillo; Martín, Caballero, Felipe; Carballo, Pedro, Borrella (J.), Borrella (R.) y Gaudencio.

Los mejores por el «Recreativo»: León (F. y C.), Perera, Preciado y Villa, y por el «Arenas», Caballero, Remigio, Alamillo y Carballo.

El árbitro, bien a veces y regular en otras.



El equipo del «Deportivo Pinocho» que sucumbió ante el formidable empuje de los «Currinchistas». (Foto. ALVARO.)

El «Sporting Cacereño» vence rotundamente al «Recreativo Cacereño» por 5 a 1.

En el campo del Cuartillo, y a las órdenes del árbitro Sr. Rodríguez (Cartulina), se alinean los equipos de la siguiente forma:

Sporting: Oscar; Gutiérrez (mayor), Llorente; Guardiola, Tomé, Mediavilla; Silva, Borrella, Guardiola (a), Gutiérrez (menor), Montenegro.

Recreativo: León (F.); Preciado, Acedo; Guerra, Manolo, X; Villa, Luceño, Perera, León (C.), Serrano.

Saca el «Sporting», que avanza formidablemente, consiguiendo su primer tanto, obra de Borrella de un «chut» soberbio; reanudado el juego, el «Recreativo» consigue su tanto, el del honor, de un «chut» de izquierda de Luceño; el juego se endurece, consiguiendo el «Sporting» el segundo tanto de un buen tiro de Borrella, que el portero no ve; poco después, y por este mismo jugador, el «Sporting» se apunta el tercer «goal», concluyendo a continuación el primer tiempo.

Reanudado el juego, Guardiola marca el cuarto tanto para su equipo; el «Recreativo», a medida que avanza el tiempo, iba decayendo el entusiasmo con que empezaron y dejándose dominar por sus contrarios, que se aprovechan haciendo sus jugadas y marcando «goals» a placer; el quinto, y último «goal» del «Sporting», fué de un «chut» de Gutiérrez al rechazar el portero otro de éste, terminando a continuación el partido.

Al «Sporting» le faltaron tres de sus mejores jugadores que, son: Silva (menor), Jiménez y García.

Los mejores, por el «Sporting»: Oscar, haciendo buenas paradas; Gutiérrez y Llorente, cortando los avances de sus contrarios; Tomé, que hizo un buen partido; Borrella, principal autor de la victoria para su equipo, que, con Guardiola, fueron los mejores sobre el terreno; Silva, corriendo la línea muy bien, y Montenegro, tirando centros matemáticos y haciendo pases a sus compañeros, me gustó mucho.

Por el «Recreativo», todos no pasaron de medianos.

A los vencedores.

Ganasteis por vuestro entusiasmo, porque jugasteis mejor y porque fuisteis los mejores jugadores sobre el terreno.

A los vencidos.

Os faltó técnica; si hubierais terminado como empezasteis, otro hubiera sido el resultado.

Al árbitro.

No fuiste el árbitro de otras veces.

VILUSAN.

En demanda de jugadores.

Recibimos esta especie de llamada:

«Todos los pinochistas menores de quince años y mayores de doce, que deseen jugar en este equipo, pueden dirigirse por carta o por PINOCHO al domicilio del capitán, San Bernardo, número 117, 2.º derecha. Madrid».

¡Ya lo sabéis, pinochistas sin equipo!

Los pinochistas siguen triunfando en la Argentina.

Pinocho A, 2; Sportivo Rivadavia, 0.

Buenos Aires.

«Pinocho» formó así: A. Lucarelli; J. Inzua y J. Bareus; A. Marini, G. Dacal y E. Solano; J. Linari, E. Rieti, V. Lagarde, G. Lucarelli y A. Artigas.



Un aspecto del público que presenció el encuentro «Deportivo Currinche». (Foto ALVARO)

A nueve minutos del segundo tiempo, Lagarde, mediante un cabezazo, anota el primer «goal»; siete minutos más tarde, Enrique Rieti, desde diez metros, marca el segundo y último «goal».

Pinocho B, 1; Sportivo Rivadavia, 0.

«Pinocho» formó así: Hortal; Rostey y Delgado; Martínez, Torrecioni y Carri; Kalmuco, Fernández, Condarco, Torres y Feliz.



El guardameta de la «Unión Currinche» hace un plongeón sin encontrar el balón por ninguna parte. (Foto ALVARO.)

Fernández, a los veintidós minutos del primer tiempo, aprovechó una salida en falso del arquero contrario, para que, con tiro corto, señale el único «goal». Hortal tuvo en este partido una actuación descolante.

Wanderers A, 4; Estados Unidos, 1.

«Team» vencedor: C. Moro; J. Papalardo y H. Modesto; A. Mannetto, F. Joaquín y Aldo Anselmi; J. Tozcano, G. Mannetto, E. Bardelli, Siorciari y A. Simón.

Marcaron los «goals»: Gaetano Mannetto, 2; E. Bardelli, 1, y A. Simón, 1.

Wanderers B, 2; Sporting Regional, 1.

«Team» vencedor: S. Catalano; J. Alegrina y A. Forti; M. Falcone, B. Gatti y M. Varela; R. Labate, M. Mazucheli, H. Batiato, M. Olivari y P. Cos.

Marcaron los «goals»: P. Cos y M. Falcone.

Los Clubs «Pinocho» y «Wanderers», en sus últimas resoluciones, resolvieron hacerse un deber en saludar muy cordialmente a todos los Pinochistas, españoles o no, y seguir formando equipos con el entusiasmo actual.»

FÉLIX FRANCISCO.

¡¡¡También el «Sportivo Chapete» triunfa en la Argentina!!!

Buenos Aires.

El «Sportivo Chapete» ha vencido, tras una lucha terrible, al «Villa Crespo», por el significativo «score» de 5-1.

La lucha fué admirable. En el primer tiempo, los «Chapetistas» marcaron dos tantos (Luzali y Brauzuel), y en la segunda mitad, los del «Chapete» marcaron tres tantos más (Scarpone, López y Luzali), por uno solo del «Villa Crespo».

El «Sportivo Chapete» se alineó así: Balañas; Arauna y Tenaglia; Severino, Irigorio y Gardice; Luzali, Brauzuel, López, Scarpone y Marmeli.

Más equipos pinochistas.

EN BUENOS AIRES

En Buenos Aires se ha formado un equipo bajo el bonito título de «Los Defensores de Pinocho», de esta forma:

D. Cerella; A. Ravera y C. Alvarez; S. Lipquín, A. Gorvein y V. de Veneditis; A. Alvarez, E. Paniza, R. Castellone, J. Radaelli y A. de Felice.

Capitán: Jorge Radaelly. Tucumán, 3.542. Buenos Aires.

EN BARCELONA

Se ha formado en la ciudad condal un equipo titulado «Deportivo Pinochista Infantil», de esta forma:

Juan Rocamora; Francisco Banues y Joaquín Carzonell; Miguel, Paco y Francisco; José María Casadevall, Alberto Casanelles, Jorge Planells, Rogelio García y Andrés Xandri.

EN MADRID

El «San Javier Pinochista» se ha inscrito en el Torneo Pinochista que se juega en la Corte.

□ □ □



EL PRINCIPE Y SUS FIESTAS

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES



Chonón fué gran amigo del Príncipe heredero de Yuancia. En los jardines del Palacio llegó a tratarle de «tú» y a contarse con él los más íntimos secretos.

Toda la guardia del Rey conocía a Chonón, y era el único niño que cruzaba solo por los pasillos y llegaba hasta el dormitorio del Príncipe Alberto José.

Los ayos del niño real habían observado la educación del amiguito y la habían encontrado aceptable.

El Rey mismo había acariciado más de una vez la cabeza de Chonón cuando éste se descubría al paso de Su Majestad.

Todas las mañanas el Príncipe se acababa de vestir a presencia de su íntimo amigo; porque cuando a los criados se les ocurrió decir a Chonón que esperase en la antecámara, el Príncipe, lleno de inquietud, apenas si se dejó vestir.

Si el tiempo estaba bueno, en seguida se marchaban al jardín hasta la hora de las lecciones.

Ya esperaban allí los niños de la aristocracia de Yuancia.

Alberto José elegía los juegos; pero siempre pedía el consejo de Chonón.

Si era al marro a lo que iban a jugar, el Príncipe echaba a pies con otro, y le tenían que dejar hacer una trampilla para que eligiera el primero. De ese modo tenía siempre al amigo en su bando. Lo mismo si jugaban a «justicias y ladrones».

El jardín del Palacio era espléndido. Tenía paseitos curvos y en «S», por los que daba gusto marchar en bicicleta. Tenía escondites formidables por la cantidad de boj y de árboles que disfrutaba. Y tenía un estanque, donde solía caerse de cuando en cuando algún amigo; estanque que apenas les llegaba a la cintura, pero que servía para que imaginaran, todos los que se habían mojado, que habían estado una vez en su vida en peligro de muerte.

El juego preferido de la «pandilla» era el de impresionar cintas cinematográficas.

Como Chonón era escritor, y todos conocían su labor periodística con motivo de las interviús publicadas en PINOCHO, el Príncipe le encargaba que escribiera asuntos de película.

El niño, entonces, traía al Palacio unos papeles que decían, por ejemplo:

«Estando el detective señor Kattitof y su ayudante Kuki paseando por un jardín, oyen quejidos detrás de un árbol gordísimo.

»Acuden y ven a un hombre con la boca tapada y las manos atadas.

»Cuando le sueltan, les cuenta que iba por un paseo y le salió un hombre que no le robó el dinero, pero sí unos documentos que llevaba para el Barón de Tres Leones.

»El detective recuerda que el Barón está coleccionando datos para saber dónde hay un tesoro escondido, y sospecha que a estas horas los que han robado esos documentos sabrán donde está ese tesoro.

»Kattitof y Kuki buscan las huellas del que ha huido con los papeles, y las encuentran por el suelo.

»Pero resulta que el ladrón, para despistar —lo cual tiene que

verse antes en la película—, anda unos cuantos metros en zancos.

»Mas como en la lucha se ha dejado la gorra, se la dan a oler a un perro policía —el Príncipe tenía uno superior— y se le ve salir corriendo. Claro que sale corriendo porque le llaman con un bizcocho desde fuera de la película.

»Kuki se sube a un árbol, y desde allí ve a un hombre correr.

»El detective y su ayudante corren también. Saltan, trepan tapias, nadan por el estanque...

»Cuando le van a coger, se mete en el tronco de un árbol —un árbol grande y viejo que había en el jardín de Palacio— y desaparece.

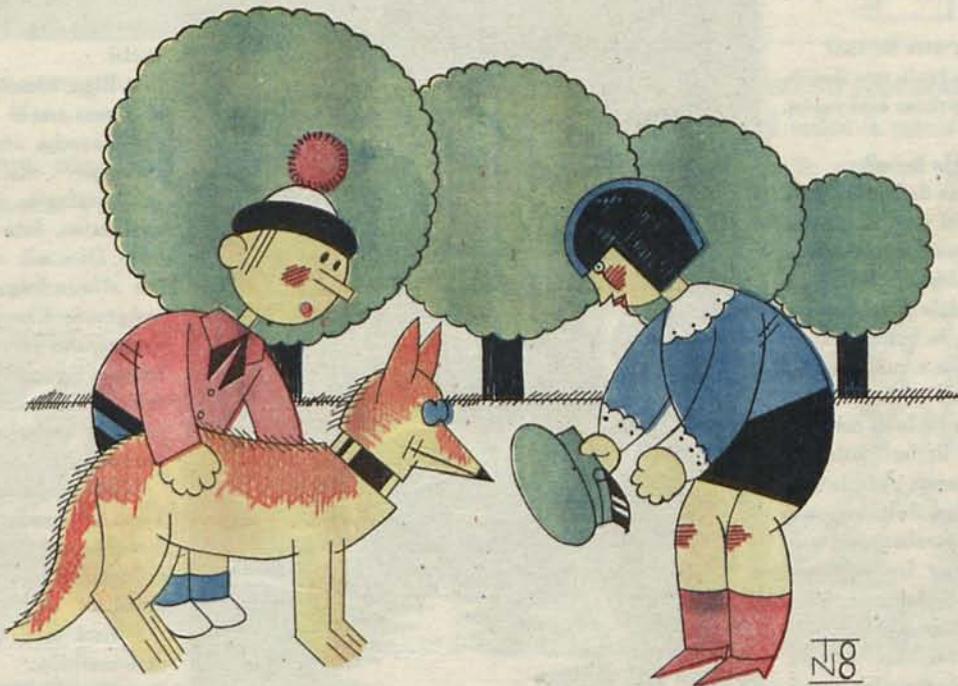
»El perro olerá entonces por allí, porque para que haga ese efecto se le enterra piel de conejo.

»Como imita que hay una cueva en el árbol, el detective va a buscar otra salida de la cueva, que habrá por allí cerca, dejando a Kuki de guardia, con su pistola de pistones.

»Kattitof ve, al fin, al ladrón, y le sigue los pasos de lejos sin ser visto.

»Se ve al ladrón examinar los papeles y buscar la piedra famosa al pie de la cual está enterrado el tesoro.

»Y cuando lo está desenterrando llega el detective y lo detiene. Y lo entrega a la justicia».



Este tema de película gustó mucho. El Príncipe hacía de Kattitof; Chonón, de Kuki, y los demás personajes se los repartían los otros amigos.

Un pelicularo de verdad, que estaba al servicio de Alberto José, se encargaba de impresionar las escenas dando al manubrio del aparato.

¡Cómo les gustaba todo aquello de esconderse, de poner gestos, de andar de puntillas, de trepar, de llevar las armas de juguete en la manol...

Se divertían de veras con esas distracciones inventadas por ellos, y cada día distintas.

A las dos o tres noches, en el saloncito de jugar, el mismo pelicularo les ponía la cinta como en un «cine» de veras.

A veces asistían la Reina Carolina y sus hijas las infantas Humberta y Ana Juana, y los papás de los niños, que eran duques y marqueses... Y quien no dejaba de asistir era el perro policía, que en cuanto se veía en la pantalla, ya estaba ladrando de entusiasmo.

Lo pasaban bien todos, y le hacían a Chonón salir a saludar después de la película.

□ □

Llegó un día en que estaba lloviendo. Pero no por eso dejó nuestro héroe de hacer su visita al Príncipe, que tan hondamente le honraba con su amistad.

Eso sí: el portero principal de Palacio le dijo:

—Niñito: haga usted el favor de limpiarse bien los pies en la esterilla, que los traerá llenos de barro.

Chonón cumplió con el portero y siguió pasillo adelante. El Príncipe le recibió con cara tristonza.

—¿Qué te pasa, Alberto José?

—No lo sé. Seguramente es que me angustia un poco el día tan lluvioso.

—¡Bah! —replicó Chonón—. Ya trataremos de conversar de cosas alegres, y se te pasará.

—¿Y de qué cosas alegres vamos a hablar?

—Verás: anoche, para no dormirme antes de la hora de cenar, cogí unos cuantos números atrasados de la *Revista Ilustrada de Yuancia* y vi fotografías de las fiestas que el Rey, tu padre, celebró cuando tú naciste.

—Cuéntame, cuéntame...

—¡Qué sé yo cuántas cosas! Cabalgatas con trajes de oro y de seda; banderas de colorines en todas las casas, en todos los vagones de ferrocarril, en todos los palos del telégrafo, en todas las antenas de la telefonía sin hilos...

—¡Qué bonito haría desde los aeroplanos!

—Pues los aeroplanos llevaban también banderas, y los «autos»... y hasta los sombreros de copa... Además, gran función de teatro, en la que, para que saliera mejor, si tenía que salir un médico, trabajaba un médico de verdad, y un militar de verdad, y una marquesa, y los criados, y un torero... ¡Y un ladrón!

—¿Trabajó un ladrón de verdad?

—Sí; tenía que salir a robar una joya, y sacaron uno de la cárcel para ello. Luego le soltaron, porque le perdonó el Rey.

—¿Y por qué eran esas fiestas?

—Porque tu padre tenía una ilusión enorme por tener el primer hijo varón. Y se le consiguió.

—¡Ah!... ¿Y qué más hubo?

—Hubo un concurso de belleza para las mujeres de todo el mundo, al que acudieron infantas y pastoras, actrices y porteras, «concejales» y modistas, abogadas y artistas de «cine»...

—Claro; como que la belleza es como la lotería: no mira a cuál «pega». ¿Y a quién premiaron?

—A una china que tenía el más bello cutis y las más lindas pestañas. Hubo una fiesta de toros, para la que cerraron veinte toretes. Soltaban uno, y si no era bravo lo cerraban otra vez. Así consiguieron lidiar los seis más bravos, seguramente. Además, para que los pobres comieran aquel día bien, se les dieron raciones de pan, carne y huevos... Y hasta a las fieras del Parque Real les dieron comida extraordinaria.

—A pesar de lo cual, el tigre me ha cogido «tirria», y siempre que me ve saca los colmillos amenazador.

—Oye, Alberto José, creo que hubo tal cantidad de fuegos artificiales, que de los pueblos vecinos preguntaban por teléfono a la capital que si estaba saliendo el sol a las once de la noche. ¡Ya ves si brillarían!... Tiraban unos cohetes con una lluvia de oro tan intensa, que cuando alguien lograba ponerse una chispa de las que caían sobre una sortija, parecía durante media hora que brillaba una joya de la sortija...

—¡Qué enormidad! Ya puedo estar orgulloso, ¿verdad, Chonón?

—Ya lo creo.

—Me gustaría tener esa colección de periódicos. Te agradecería con toda mi alma que me trajeras la *Revista Ilustrada* y *El Diario de Yuancia* de aquellos días.

—Ahora mismo.

En efecto, salió Chonón de Palacio, y a los diez minutos estaba de regreso con un paquete de periódicos.

El Príncipe le dijo:

—Muchas gracias, chico; lo dejaré en mi despacho, y luego los veré. Ahora vamos a echar una partidita de dominó sobre esa mesa de mármol, porque me gusta mucho el ruido que hacen las fichas al chocar.

Y se pusieron a jugar al dominó.

□ □

¡Qué triste estaba al día siguiente el Príncipe Alberto José!

Como que Chonón casi no se atrevía dirigirle la palabra. Por fin se decidió, y dijo:

—Oye, ¿estás disgustado conmigo?

—No.

—Entonces, ¿con quién?

—Con otro que no está lejos de ti.

—Chico, no lo entiendo.

—¡Estoy disgustado conmigo mismo!

—¿Y por qué? —preguntó Chonón.

—Porque he estado leyendo los periódicos que me trajiste. Y las fotografías son magníficas, y las noticias de la fiesta son esplendorosas. Pero en las últimas páginas de los diarios he leído cosas que me han dado mucha pena...

—¿Y qué cosas son esas? —preguntó Chonón.

—Por ejemplo, mira lo que dice aquí: «Estando construyéndose una rueda de fuegos artificiales en la fábrica de pólvoras *La Chispa*, estalló un paquete de dinamita, haciendo grandes quemaduras en el brazo de un aprendiz llamado Pilito».

—¿Y por eso te pones de mal humor? Fíjate que de eso hace ya doce años. Los que tú tienes.

—A mí lo que me preocupa es que, seguramente, ese chico estaría trabajando para mis fiestas. Yo tengo la culpa de sus quemaduras. Tenemos que buscarle, para saber si quedó inútil.

—Bien, bien; investigaremos, a ver si damos con él.

—Escucha otra noticia —siguió el Príncipe—. Así como la que te he leído antes es de unos días antes de las fiestas, ésta es de unos días después. Dice así: «Los matadores de toros *Almendraquito*, *Correconhambre* y *Antonio Piso (Piso III)*, que sufrieron cogidas graves por unos toros muy bravos, siguen todavía en grave estado». ¿Ves, querido Chonón, a lo que conduce andar eligiendo muy bravos los toros?...

—No te incomodes, Alberto José. Todo ha pasado ya.

—¡No, no! Yo he de enterarme de si alguno de esos tres toreros quedó inútil...

—Está bien, hombre. Yo me enteraré también.

—Gracias. Ahora escucha esta otra, y ya no te leo más: «Hoy han comido rancho extraordinario las fieras del Parque Real. Se han sacrificado tres caballos para que tuvieran carne fresca»...

—¿Y qué querías darles de comer? ¿Arroz con leche? ¿Tocinitos de cielo?...

—¡No sé, no sé! Sólo sé que por mí se sacrificaron tres caballos... Casi se le saltaban las lágrimas a Alberto José. Chonón no sabía qué decirle. Si acaso, exclamaba:

—¡Déjalol!... ¡Olvidalol!... Comprendo que tienes razón; pero... olvidalo...

—Lo que no debo hacer es olvidarlo, amigo mío —dijo el Príncipe—. Y para que no se me olvide, voy a escribir ahora mismo un documento.

Se fué a su mesa, cogió muy formalmente un pliego grande, y escribió en él:

«Yo, el Príncipe Alberto José, hago saber:

»Que si mi primer hijo es varón, le preguntaremos inmediatamente que si quiere fiestas. Y si no contesta, es que no las quiere.

»El Príncipe.—Alberto José.

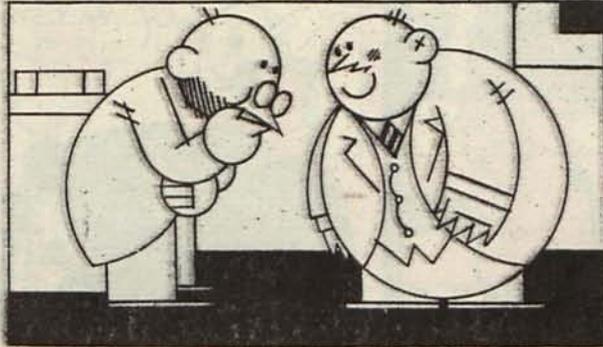
»Un testigo.—Chonón».

Firmaron los dos, y el Príncipe añadió:

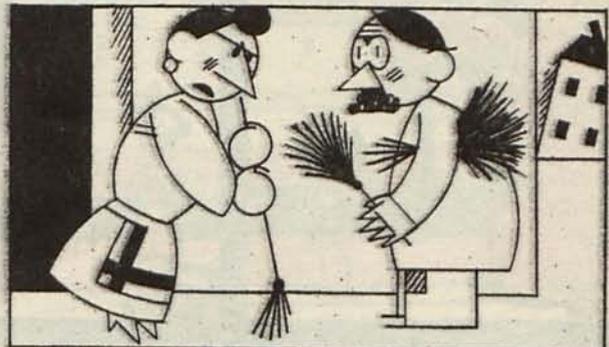
—Ahora vamos a impresionar una película con las fantasías que tú quieras. Pero una cosa son las películas, y otra cosa es la vida de veras, chiquillo.

ANTONIO ROBLES.

B U E N O S Y M A L O S



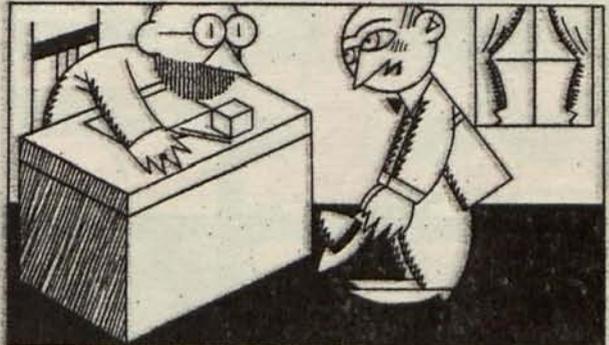
—Doctor, vengo a que me haga usted adelgazar.
 —¡Hombre, muy bien! Tengo un cliente que quiere engordar y pueden ustedes ponerse de acuerdo.



—¡Qué! ¿Quiere usted un plumerito?
 —¿Pero tiene usted valor a venir por aquí con plumeritos? El que le compré el otro día está ya roto.
 —Pues por eso vengo a ofrecerle otro.



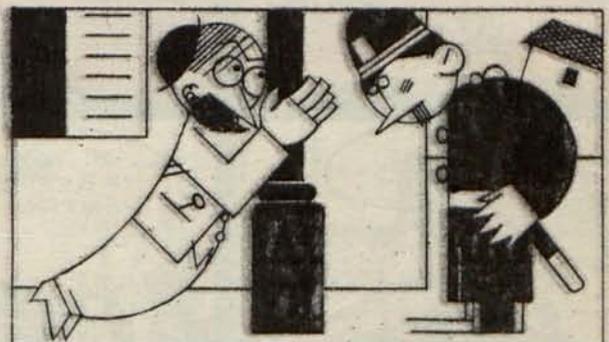
—Estoy escribiendo a mi amiga Lolita.
 —¡Pero si no sabes escribir!
 —Eso no importa; ella tampoco sabe leer.



—Nada; la enfermedad que usted tiene es de familia.
 —¿Y qué debo hacer, doctor?
 —Pues cuidar a la familia.



El pescador.—¡Idiota! Ya podía usted llevar más cuidado. Todo lo invaden ustedes los automovilistas... ¡¡No está usted viendo que me ha espantado la pesca!!



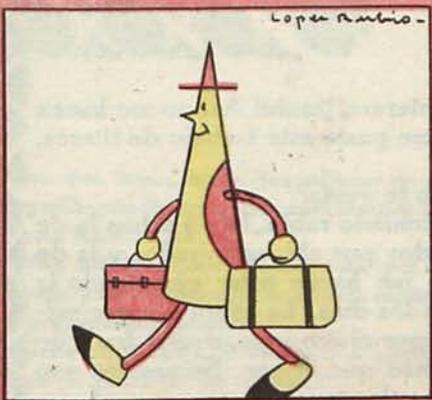
—¿Pero no decía usted que en cuanto encontrara la llave se iría a su casa?
 —¡Ay, querido guardia!, tiene usted razón, eso dije; pero ahora no encuentro mi casa.



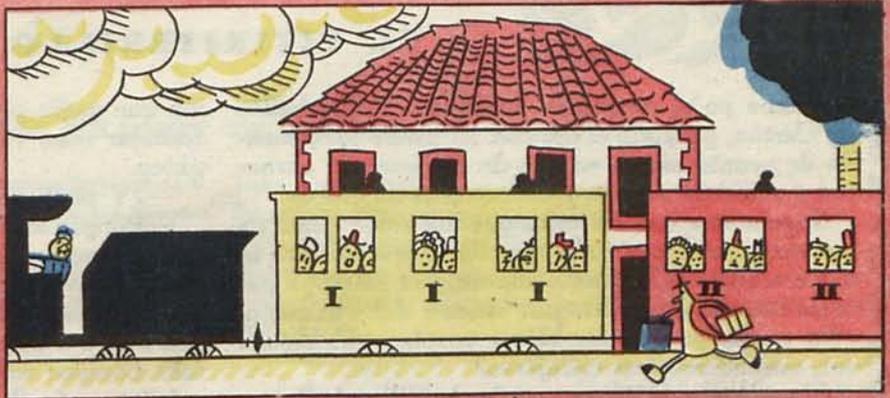
DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



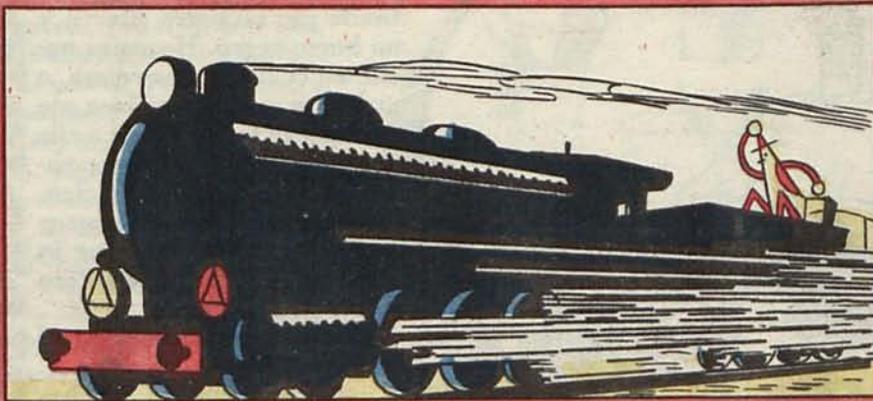
ESTO QUE VEREIS AQUI LE PASÓ A DON PIRULÍ



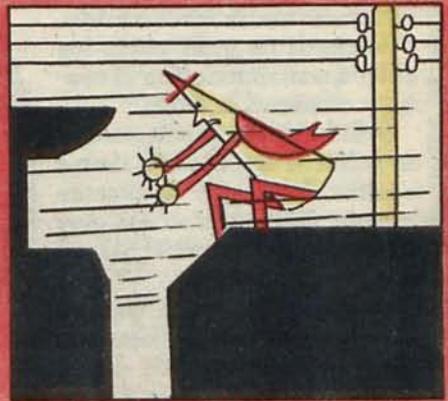
PIRULÍ CON SU EQUIPAJE
HA PENSADO IR DE VIAJE



MAS, CUANDO LLEGA AL ANDEN
VA COMPLETO TODO EL TREN



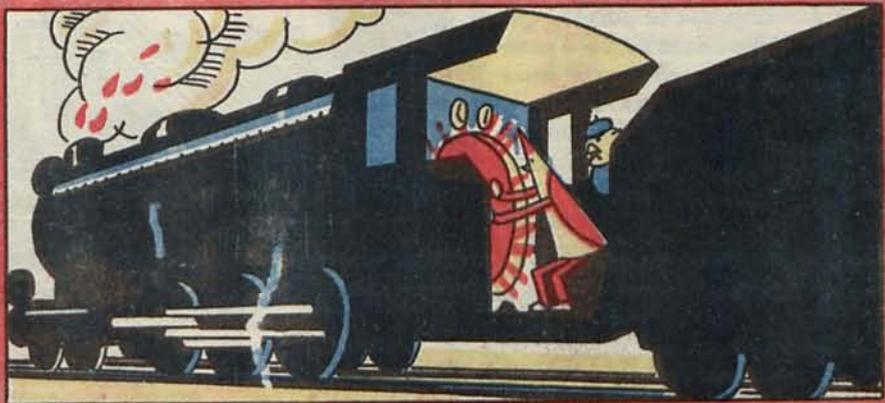
Y NO HAY MAS SOLUCION
QUE IR ENCIMA DEL CARBON



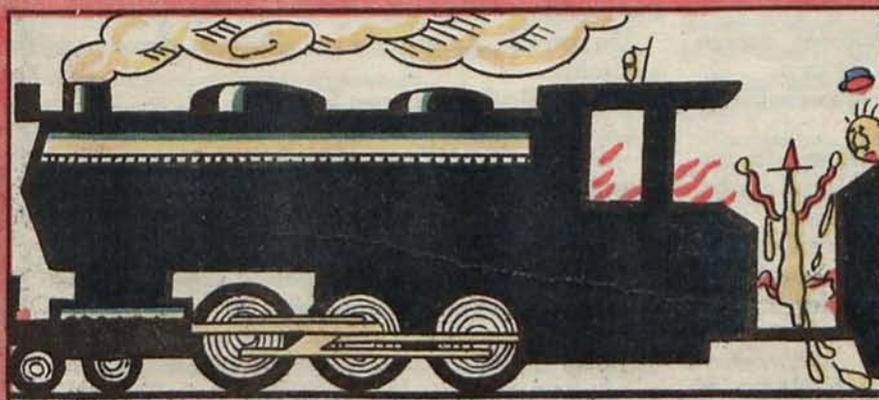
COMO EL TREN CORRE VELOZ
SIENTE EL POBRE UN FRIO ATROZ



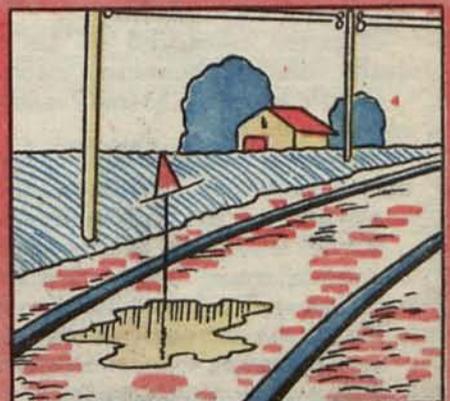
PERO EL QUE ES MUY COBISTA
LE DA COBA AL MAQUINISTA



Y CON SU COBA CERTERA
CONSIGUE ABRIR LA CALDERA



AQUEL CALOR TAN TREMEMDO
PRONTO LO VA DERRITIENDO



Y QUEDA AL SIGUIENTE DIA
TAN SOLO UN CHARCO EN LA VIA

LAS GRANDES INTERVIUS

EL TITIRITERILLO

Estaba yo el miércoles pasado en Villacaballos de Cartón, pasando el día con mi primo Pili, cuando de pronto oímos música de tambores y cornetas, y ruido de alegría y de carreras de chicos.

Seguimos a uno de éstos que iba veloz como un conejo, y noté que toda aquella alegre música le había emocionado enormemente, y la emoción parecía hacerle cosquillas por dentro del estómago. ¿No os ha pasado también a vosotros eso alguna vez, con las músicas callejeras?

Llegamos a la plaza grande de Villacaballos, y me encontré con un grupo de gente enorme. Resultó que había titeres, y los titiriteros eran los que tocaban aquellos instrumentos de mucho ruido.

Hicimos un gran corro los chicos, sentándonos en el suelo, y comenzó la fiesta.

Allí había un gimnasta que se subía al trapecio, y tantas vueltas daba, que apenas se le veía. Nada más se oía muy deprisa, muy deprisa: ¡¡Zas!! ¡¡Zas!! ¡¡Zas!!...

Después llegó otro, que andaba por la cuerda floja; tan floja, que se le torcía de un lado a otro como para cantar eso de:

«Al pasar la barca,
me dijo el barquero...»

Tan floja iba la cuerda, que una de las veces se puso completamente arriba, y el hombre quedó cabeza abajo; y, ¡claro!, cayó de cabeza en una red de cuerda que habían puesto antes.

Las mujeres dieron un grito; pero al titiritero no le pasó nada.

—¡Aquí viene el titiriterillo! —dije luego, al ver que se acercaba un niño más pequeño que yo, con trajecito de hacer titeres.

—¿Qué has dicho? —me preguntó mi primo—. ¿El tiri... tiriti... tiritirillo?

—Titiriterillo, hombre. Es que como yo soy periodista de los buenos, todo eso lo digo muy bien —contesté muy seriecito.

El pobre muchacho de los titiriteros estuvo dando volteretas sobre una esterilla de paja.

Una de las veces se echó mano a la coronilla, y rompió a llorar.

Su padre comprendió lo que había pasado. En efecto: levantó la esterilla y encontró una piedra con picos, casi del tamaño de una naranja.

Me dió tanta pena, que me levanté de mi «asiento» —que era el suelo—, crucé tan tranquilo el ruedo en medio de un «abucho» de todos los chiquillos, y me acerqué a charlar con él.

—¿Te has hecho mucho daño?

Antes de contestarme miró a su alrededor. Y como no le veía ninguno de los titiriteros grandes, se echó a reír y me dijo muy bajito:

—¡Cal Nada de daño. He puesto yo la piedra

sin que nadie se enterara, ¡tonto! Así no me hacen trabajar más. No me gusta este trabajo de titeres, chico.

—¿Y por qué no te gusta?

—Porque le he tomado rabia. Tú no sabes la de golpes que yo me doy por ahí ensayando, y la de horas y horas que me hacen estar ejecutando la misma faena todos los días. La cabra esa que saldrá ahora a saltar por el aro y yo, somos los que más ensayos tenemos que hacer. Somos los que sufrimos más «latas» de ensayos.

—¿Y dónde ensayáis? —le pregunto.

—¡Anda! En cualquier lado. Nosotros tenemos un carrito tirado por un burro blanco y un burro negro. Hacemos noche en cualquier carretera o prado, y por la mañana me ponen a mí la esterilla y a ella el aro, y nos tenemos que pasar tres o cuatro horas haciendo lo mismo. Luego llegamos aquí, y la gente cree que lo hacemos por divertirnos. Pero ¡sí, sí!

—Oye, ¿qué lleváis en el carro?

—De todo: cocina, colchones, trapecios, trajes de colores, cacharros, alfombras, tambores, trompetas... De todo..., menos comida. ¡Qué pocas veces llevamos comida, querido Chonón...!

—Cuéntame alguna cosa rara que te haya pasado por el mundo.

El titiriterillo se queda pensando, y dice de pronto:

—Recuerdo que una vez, estando trabajando en la plaza de Fontonilla de los Peones, y cuando estaba yo con la cabeza en el suelo para dar

una voltereta, entró en el redondel un perro muy grande, me agarró de los pantalones por la parte de atrás, ¿comprendes?, y me llevó con mucho cuidado a donde estaban sus amos, que me dieron de merendar y un buen billete de dinero. Ese ha sido el susto más grande de mi vida, y el día que mejor he comido.

De pronto, la voz de un titiritero llamó a mi amiguito:

—¡Chipi! ¡A montar en la cabra!

Le di un abrazo, y le dije:

—Adiós, Chipi. Y no te preocupes. Verás como cuando nos volvamos a ver por el mundo ya no eres titiriterillo. Eres inteligente, bueno y simpático, y serás lo que te dé la gana.

Como yo no tenía ni un céntimo que darle, le di ánimos, que le supieron mejor.

Todas las mañanas, cuando abro los ojos, me acuerdo de Chipi y me digo: «Ahora estará ensayando para divertir a los chiquillos después. ¡Bienaventurados sean los que divierten a los niños, porque de ellos será el Reino de los Cielos!»

CHONÓN EL CURIOSO.



HISTORIAS DE ANIMALES

DOS MILLONES DE MICROBIOS

Uno, dos, tres..., hasta dos millones de microbios había dentro de aquella gota de agua. Dos millones mal contados a ojo, microbio más, microbio menos.

Todos sabéis lo que es un microbio, y el que no lo sepa, que lo diga, que para eso estoy yo aquí: para explicaros que es un bichito muy pequeño, muy pequeño.

¿Como una lenteja...? Mucho más pequeño que una lenteja...

¿Como la punta de un alfiler...?

Mucho más pequeño que la punta de un alfiler.

Si será pequeño un microbio, que hay que mirarlo con un anteojito que se llama microscopio, y entonces se ven, ¿cómo os diría yo?, se ven muy chiquitines y con forma de palotes, y de cacahuets, y de *croissants*, y de anillas, y son cientos y cientos de miles en cada punto, en cada gota, de cada pedazo minúsculo. En un borrón de tinta, de esos que echais sobre el cuaderno de escritura, caben..., caben..., más de un millón de microbios de luto. Ya veis si son chicos y si se apiñan unos contra otros.

Bueno; pues, como os iba diciendo, había dos millones de microbios dentro de aquella gota de agua que se asomaba al borde del grifo, inflada y brillante, como si al grifo hubiera que sonarle las narices.

Y lo gracioso es que no eran microbios conocidos, de esos que ya han puesto nombre los sabios, sino que eran microbios de una enfermedad que no conoce nadie todavía por su nombre verdadero; porque habéis de saber que lo que nosotros llamamos enfermedades, hasta la misma gripe, son unos cuantos millones de microbios de esa clase, que se nos cuelan en el cuerpo y comienzan a molestarnos y a querernos ir comiendo por dentro; ¡tan pequeños y tan infames!

Pues bien; aquellos dos millones de microbios mal contados, microbio más, microbio menos, pertenecían a la honrada hermandad de la galvana, o de la pereza, si queréis mejor, y que la gente tiene ahora por un defecto, y no es sino una enfermedad que se descubrirá dentro de siete años, y que entonces se empezará a tomar en serio.

Cabían los dos millones en la gota de agua, aunque parezca mentira, a pesar de que, como eran los microbios de la vagancia, cada uno tenía una butaca, por lo menos, donde descansar de los ratos en que no se ocupaban de minar organismos.

La gota, como dije, iba a caer y temblaba ya, tomando ese alargamiento, esa forma de pera que se les forma cuando van a decidirse a salir de una vez.

Antes de que la gota cayera y se perdiese por el caño abierto, como se pierden otras tantas gotas, alguien de la casa puso un jarro debajo y cayó aquella gota, y luego un borbotón, y luego un chorro rizado, un poco turbio de la velocidad con que el agua se empujaba por salir.

El agua, en aquel jarro de cristal, que tenía unas letras pintadas —«Recuerdo del Sardinero»—, se sirvió a la mesa.

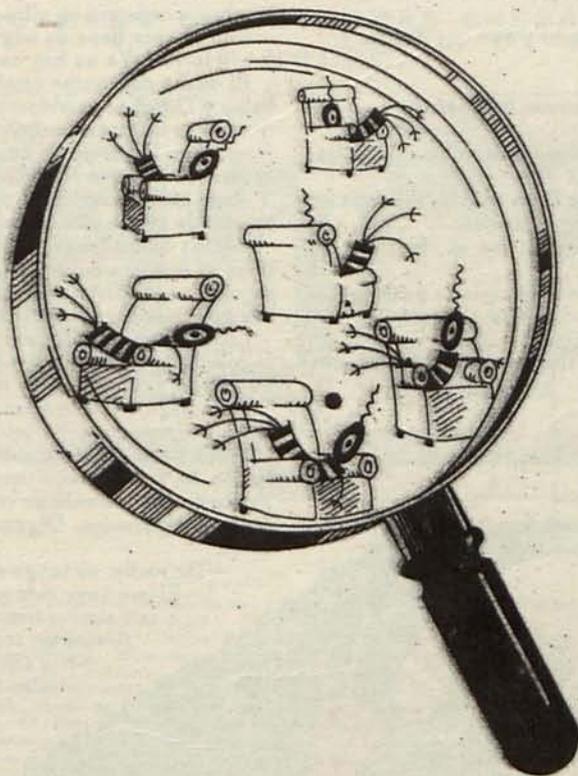
En la mesa comían papá, mamá, Juanita, Paco, Lilin y Tolito.

Tolito, con una melena cortada igual que tía Matilde, empujó con todos sus dedos el vaso hacia mamá y hacia el

jarro, y no dijo más que: «agua», con la voz ronca de la sed y de las patatas fritas que se había comido.

Y con las dos manos alzó el vaso, y arrimó los labios, y el agua hizo su glo, glo, al pasar por la garganta. En aquel vaso de agua —¡oh, desgracia!— estaba la gota de los dos millones de microbios de la pereza.

Veréis lo que pasó.



Se acabó la comida, y Tolito, sin decir nada, se apeó de su silla y se puso a la espalda, sobre el jersey que tanto había tardado mamá en hacer porque no había lana igual en todas las tiendas, una cartera grande, con sólo meter los brazos por la correa y echársela a la espalda como una mochila de soldado.

Un beso a papá, un beso a mamá, recomendándole al oído que no dejase a Lilin jugar con su rompecabezas, y luego se fué Tolito con Paco al colegio, los dos juntos, por el camino que recorrían todos los días cuatro veces.

¿Qué le pasaba aquella tarde a Tolito, que no tenía ganas de estudiar? Era inexplicable, porque Tolito era un niño muy aplicado y ocupaba uno de los puestos más delanteros de toda la clase.

Pero nosotros sabemos lo que le pasaba a Tolito, ¿no es verdad?

Eran los dos millones de microbios que jugaban al escondite en el estómago de Tolito, y a Tolito, por eso, se le caía el libro de las

manos, y le entraba como sueño, pero un sueño que no era sueño, aunque se le abría una boca muy grande.

Casi, casi estaba dormido —¡se le había pasado la hora de estudio mirando al techo!— cuando fueron a clase de Caligrafía. Durante un rato, sólo se oía el picotear de las plumas sobre las planas blancas. Todos los niños se ocupaban en escribirse muchas veces seguidas una muestra que decía:

«Moisés. Azul. Rey F. 3.»

Todos menos Tolito que, de vago que estaba, hacía de mala gana todas las letras, y le iban saliendo a cual peor.

—Muy mal, Tolito —tuvo que decirle el profesor.

Y como Tolito se obstinase en estar perezoso, hubo que irlo haciendo descender de banco, hasta ponerlo en la cola, porque todos le iban adelantando y pasaban a otras planas más difíciles.

¡Parece mentira! ¡Lo que son estas enfermedades todavía desconocidas!

Pero, en esto, Tolito que se pone de pie y, con la mano derecha en alto y dos dedos muy abiertos, se acerca al profesor.

—Vaya usted.

Cuando volvió Tolito sin la gota de agua de los microbios se sintió con unas ganas feroces de trabajar, y escribe que te escribe, haciendo a la perfección los trazos gordos y los trazos finos, y con un gran arte las mayúsculas, empezó a recobrar los puestos perdidos y, antes de que la clase se acabara, Tolito era el primero de la clase.

¿Veis? ¡Lo que son las enfermedades desconocidas!

JOSÉ LÓPEZ RUBIO.

PROGRAMA
PARA HOY

*El misterio
del traje
¡sensacional!*

GRAN CINE



EL MISTERIO DEL TRAJE

Tranquilamente descansaba el detective Tomás Rokaley en su despacho, leyendo los periódicos de la noche por si encontraba en sus páginas un asunto que le interesara, cuando su teléfono de mesa sonó con una llamada insistente.

Repantigado en el sillón, cogió el aparato y oyó que decían:

—¿El señor Rokaley?

—En el aparato.

—Necesitaba hablarle a usted de un suceso interesante.

—Dígame de qué se trata.

—Se trata de un traje robado a un pobre señor que estaba bañándose en el río Dorado.

—¿Y sólo es eso? Seguramente, el que lo ha cogido, más que un ladrón vulgar, pudiera ser hasta un ladrón humorista.

—Es que en los bolsillos había documentos que el «bañista» no nos ha querido revelar.

—¡Ah! Esto es más interesante. Yo le ruego que se pase por mi despacho, calle de Shakespeare, 107, y me refiera el asunto.

—Dentro de un momento estaré en su casa.

Rokaley colgó el teléfono y, dando al timbre de nuevo, llamó a su ayudante.

—¿Eres Dossé?

—Sí, señor profesor.

—Te ruego que vengas por casa en un «taxi», porque un señor vendrá ahora mismo a referirme un asunto.

—Voy volando.

Cuando Dossé acababa de llegar, llamaron a la puerta. Era, en efecto, el desconocido, que habló de este modo:

—Mire, señor detective: tengo a la puerta el personaje robado, que ha querido quedarse en el «auto» porque se encuentra un poco ridículo con su nuevo traje.

—¿Qué traje?

—Yo le explicaré. Regresaba de mi finca, y al pasar cerca de los cañaverales del río sentí voces lastimeras. «¿Qué pasa?», pregunté. Y era ese pobre señor, que buscaba alguien que le prestara un traje. Yo traía la maleta y le dejé el que lleva, que le está un poco ancho.

—¿Y llevaba documentos, dijo usted?

—Documentos que deben de interesarle mucho, porque casi se le saltan las lágrimas.

—Entonces, lo mejor es hacer con el mismo señor una excursión sobre el terreno. Llevaremos al *Goliat*, mi perro policía.

—Muy bien. Yo le invito a hacerla en mi automóvil, ya que estoy interesado en el asunto de este pobre joven.

El joven, que dijo llamarse Ricardo De Kolm, le enseñó el camino. Allí estaban las cañas que chafó su cuerpo sin ropa.

—¿Y usted llevaba documentos de importancia? —preguntó Tomás Rokaley.

—Sí, señor —contestó De Kolm—; yo estoy en la oficina de la casa Soltly y Compañía, y el señor Soltly me mandó que le copiara unos documentos secretos.

—Pues vamos a buscar todos los guñapos que se haya quitado ese pobre que le robó la ropa. ¿Y cómo se le ocurrió dejar eso ahí, tan expuesto?

—Porque me sobraba tiempo para tomar un baño. Además, no pensaba alejarme. Pero un calambre maldito me paralizó un minuto la pierna, lo preciso para que me llevase la corriente a unos metros de aquí.

Dossé, el ayudante, que se había alejado del grupo, llamó desde donde estaba:

—¡Maestro, venga! Aquí está el traje del pobre.

Llegaron hasta allí, y al ver el detective los andrajos, exclamó:

—Ya no hay duda; se trata de un robo vulgar. Ahora falta dar con el pordiosero. Y de eso se va a encargar mi *Goliat*.

Dió a oler aquellos guñapos al can y todos salieron detrás de él, que husmeaba por el suelo nerviosamente.

De pronto echó a correr y se le sintió ladrar entre unos matorrales. Llegaron todos deseosos de saber qué había allí, y se encon-

traron a un hombre tendido en tierra, sin conocimiento y con el traje robado puesto.

De Kolm, sin poder sujetar sus ansias, registró los bolsillos al hombre y nada vió en ellos.

Con su cara llena de angustia, exclamó:

—¡Horror! ¡Ya no hay nada...!

El dueño del «auto» estaba asombrado de todo aquello. Pero Rokaley y Dossé se cambiaron miradas de inteligencia.

—¿Qué opinas de esto? —preguntó el profesor a su ayudante.

—Señor Rokaley, yo opino que había aquí un hombre escondido esperando al joven Ricardo De Kolm para quitarle los documentos. Y como ha confundido al pobre con él por el traje, este pordiosero ha sido la víctima de su golpe.

—¡Muy bien! Tengo un discípulo que me honra. Ahora, si el bandido se hubiera dejado un guante, la gorra o cualquier cosa así, le seguiríamos la pista, utilizando a *Goliat* también... Sin embargo, tal vez podamos seguir la pista sobre las pajas secas.

Le hicieron oler al perro policía las pisadas que habían aplastado la hierba por allí cerca, y el perro empezó a seguir la pista mientras el del «auto» llevaba al hospital al pobre.

Pero llegó a la carretera el can y sus ladridos indicaron que se había despedido.

—No tiene nada de particular —exclamó Tomás Rokaley—. El ladrón ha tomado aquí un autobús y el olor a la gasolina ha enuelto completamente su rastro. Ahora no nos queda más que hacer investigaciones. Dígame, amigo De Kolm, de quién sospecha usted.

—De nadie; no tengo enemigos. Habrá sido un desconocido.

—El que haya sido es amigo de usted o es hombre que le ve con alguna frecuencia, puesto que le conoce por el traje.

¿Usted no sospecha de nadie de su oficina?

—No, señor, puesto que a mí me han demostrado todos su afecto.

—¿Por qué le dió su jefe esos papeles a usted?

—Porque es en mí en quien ha depositado su confianza desde que soy el prometido de su hija.

—Si a usted, amigo, le despidieran de la casa, ¿quién le substituiría?

—preguntó el detective.

—Dario Corxa, un joven muy inteligente.

—¿No ha pensado nunca ese joven en casarse con la prometida de usted?

—Sí; pero cuando yo

me puse en amores con ella, lo dejó noblemente.

—Noblemente... o cobardemente —añadió Dossé.

—Bien —siguió el detective—; vamos a la oficina. Yo entraré antes. Haré que el director llame a Dario inventándole cualquier pretexto. Y entonces entra usted gritando: «¡Me han robado los documentos...!»

Así se hizo. En «auto» fueron todos a la oficina. El detective y su ayudante entraron en el despacho del jefe y requirieron la presencia de Dario Corxa, porque, según dijo Rokaley, podía informar de ellos. Apenas había aparecido el empleado, la puerta se abrió precipitadamente y apareció Ricardo De Kolm agitado.

—¡Señor director! ¡Me han robado esos documentos cerca del río Dorado...!

Inmediatamente Dario Corxa se tocó el bolsillo de la cartera por encima de la chaqueta para asegurarse de que allí tenía aún algo que había guardado... Lo cual fué advertido por Tomás.

—¡Queda usted despedido, señor De Kolm! —gritó el jefe.

Dario Corxa bajó la cabeza y salió.

Pero Tomás Rokaley dijo por lo bajo a su ayudante:

—Síguele, y si saca algo del bolsillo, arráncaselo pistola en mano.

En efecto, Dario siguió un pasillo y llegó hasta los hornos de la fábrica Soltly y Compañía. Allí quiso arrojar unos papeles al fuego. Pero cuando se dió cuenta, estaban en poder de Dossé.

De ahí que el miserable Dario, envidioso de la honradez y la suerte de Ricardo De Kolm, acabara pagando en la cárcel sus maldades, y el buen De Kolm ascendiera a subdirector de la casa Soltly y Compañía y se casara con la bella hija del señor Soltly.

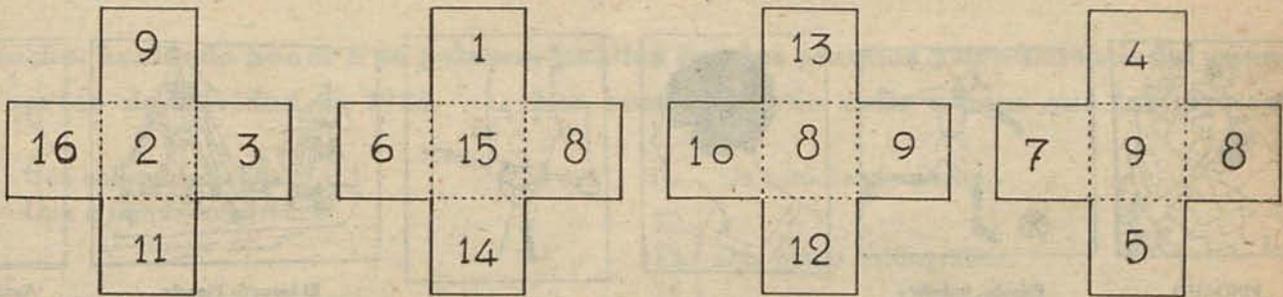
¡¡HA TERMINADO!!



CONCURSOS PERMANENTES

EL DE PROBLEMAS

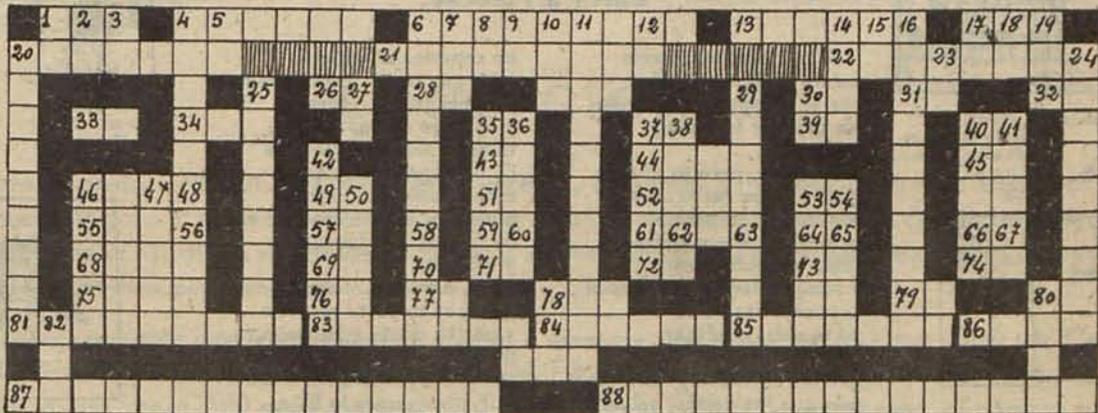
PROBLEMA DE LAS CRUCES



Con estas cuatro cruces formad un cuadrado. Por cada lado de este cuadrado sobresaldrá un cuadrado. Si habéis encajado bien las cruces, unas en otras, para formar este cuadrado, los números de las casillas sumados, tanto en sentido horizontal y vertical como oblicuo, os darán el mismo resultado. También han de dar la misma suma los números de las casillas que sobresaldrán del cuadrado.—(Fuera de concurso.)

PROBLEMA DE PALABRAS CRUZADAS

PINOCHO



INDICACIONES

HORIZONTALES

1. Preposición.—2. Palabra latina.—4. Tiempo de verbo.—6. Tiempo de verbo.—7. Tiempo de verbo.—13. Apellido.—17. Culpado.—20. Lo tienes delante.—21. Lo que es PINOCHO.—22. Para niños.—26. Moneda romana.—28. Artículo.—30. Nombre de letra, al revés.—31. Contracción.—32. Imperativo.—33. Afirmación.—34. Tiempo de verbo.—37. Nombre de letra.—39. Artículo.—40. Contracción.—43. Infinitivo.—44. Adjetivo.—45. Nota musical.—46. Fruta.—49. Interjección.—51. Nota musical.—52. Tiempo de verbo.—53. Carta de baraja.—55. Tiempo de verbo.—59. Dativo.—61. Gigante mitológico que comía carne humana.—64. Nota musical.—66. Nota musical.—68. Juego.—69. Nombre de letra.—71. Negación.—72. Nota musical.—73. Nota musical, al revés.—74. Terminación de aumentativo.—75. Adjetivo.—76. Contracción.—77. Tiempo de verbo.—79. En la baraja.—81. En Colombia.—83. En León.—84. Provincia española.—85. De la provincia de Madrid.—86. Azul.—87. Sofisticaciones.—88. Por casualidad.

VERTICALES

1. Nota musical.—2. Palabra latina.—3. Negación.—4. Economía.—5. Artículo.—6. De la España Tarraconense.—7. Tiempo de verbo.—8. Artículo.—9. Preposición.—10. Embarcación.—11. Cuadriláteros.—12. Nota musical.—14. Tiempo de verbo.—15. Palabra latina.—16. Amabilidad.—18. Nombre de letra, al revés.—19. Tiempo de verbo.—20. Nombre de mujer.—23. Contracción.—24. Puerto de Inglaterra.—25. Diestro.—27. Nota musical.—29. Parte de la gramática.—30. Artículo.—35. Nombre propio.—36. En las paredes.—37. Fuerza física.—38. Tiempo de verbo.—40. Tiempo de verbo.—41. Mamífero.—42. Verbo.—47. Mide el tiempo.—49. Verbo.—50. Flor.—54. Tiempo de verbo.—56. Tiempo de verbo.—57. Pistola.—58. Dios.—60. A los animales.—62. Nombre de letra.—63. Tiempo de verbo.—65. Adjetivo.—66. Nota musical.—67. Final de aumentativo.—70. Prenda militar.—78. En los pájaros.—80. Automóvil.—82. Tiempo de verbo.—84. Artículo.

106. P. Sección B.

LOLITA GÓMEZ.—Trece años.

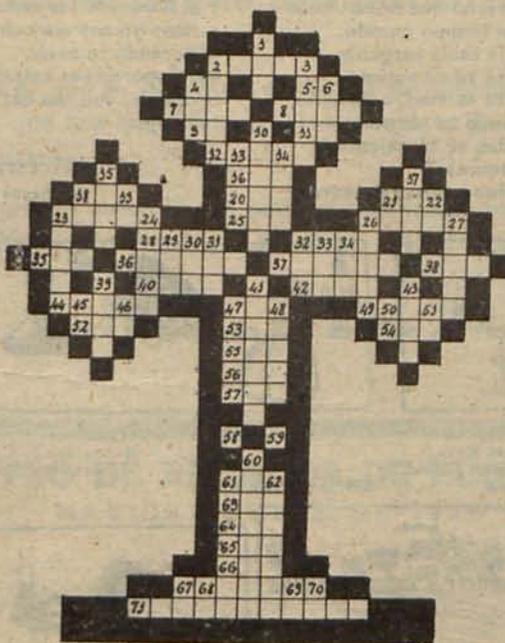
LA CRUZ

HORIZONTALES

2. En los tejados.—4. Acusativo.—5. Preposición.—7. Verbo, que, a las veces, hace llorar.—8. Adjetivo.—9. La primera.—11. Dios egipcio, origen y principio de las demás divinidades.—12. Ciudad de Jaén, célebre por sus cerros.—16. Alero.—18. Humor en los tejidos inflamados.—21. Aldea en Coruña.—23. Diosa de la Agricultura.—25. El jengibre.—26. Introdutor del tabaco en Francia.—28. Denominación que en la milicia griega se daba a una subdivisión de la caballería, que constaba de 64 jinetes.—32. Atractivo, aliciente.—35. Para hacer ponche.—36. En el mar.—37. Camino.—38. Río de Suecia.—40. Cónsul romano.—42. Saludable.—44. Porción de terreno que en los llanos se eleva a poca altura.—47. En las cascas.—49. La más brillante de las estrellas fijas.—52. Marcharé.—53. Villa de Burgos.—54. Los generosos.—55. Santo.—56. Lugar en La Coruña.—57. Villa de Zaragoza.—58. Símbolo del azufre.—59. Símbolo del potasio.—61. Perro.—63. El piadoso.—64. Flor simbólica.—65. Rey de Wessex.—66. Antiguamente, bello.—67. Tiras de cuero.—71. Calidad de hermosa.

VERTICALES

1. Constelación.—2. Leyenda simbólica de la casa de Austria.—3. Molusco.—4. En las monedas.—6. Aféresis de una conjunción.—10. Emboscada.—13. En Filipinas, indio de menor edad.—14. Género de umbelíferas.—15. Moneda.—17. El dios curda.—18. Letra.—19. Conozco.—21. Afirmación.—22. Se dice a las caballerías.—23. Estampa.—24. Pito.—26. Tumores o durezas que se forman en diversas partes del cuerpo.—27. Como suelen ponerse las verduleras.—29. Tiempo de verbo.—30. Artículo.—31. Ria en la provincia de Santander.—32. Letras.—33. Para tri-



- 11ar.—34. Arbol.—39. Solo no vale nada.—41. Lo que da a los pavos su conductor.—43. Río de Rusia.—45. Pronombre.—46. Nota musical.—47. Insectos lepidópteros.—48. En las ovejas.—50. Imperativo.—51. Preposición inseparable.—60. Hombre de mar.—61. Hermoso pájaro americano.—62. De la nariz.—67. Letra.—68. Lemosín.—69. En la geografía antigua, ciudad de los cananeos.—70. Abreviatura que se pone en las tarjetas de despedida.

PEDRO DE IRIZAR
Diez y siete años. Burgos.

107. P. Sección B.

La transmigración de las almas.

ACRÓSTICO

¿Vosotros creéis en la transmigración de las almas? ¿Que no? Pues sí; y os lo voy a demostrar.

¿Os acordáis del nombre del descubridor del Polo Norte, en 1909; del nombre que se da a los habitantes de la Luna; del famoso capitán a quien Julio Verne hizo recorrer veinte mil leguas de viaje submarino; del Emperador que luchó con los doce Pares de Francia; del inventor muy copioso de la época presente; del célebre detective que popularizó Conan-Doyle y del héroe de Daniel Fold?

Pues si os acordáis, tomad del nombre de cada uno de estos personajes una letra, un pedacito de su alma, y con todas ellas formaréis un nombre, crearéis un alma.

Este nombre y alma pertenecen al más formidable personaje que han visto los siglos, pues con sus hazañas dejó en mantillas a todos esos personajes que os he citado.

JOSÉ MARÍA SÁENZ.
Doce años. Santander.

108. P. Sección B.

Las condiciones completas de estos Concursos y sus premios se han publicado en núms. anteriores de PINOCHO

CONCURSOS PERMANENTES

DIBUJOS :: HISTORIETAS :: CHISTES ILUSTRADOS :: CHISTES SIN ILUSTRAR :: CUENTOS ILUSTRADOS O SIN ILUSTRAR

DIBUJOS



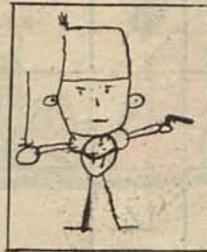
PINOCHO,
semanario infantil.
MARGARITA FUENTES.
Trece años. Sevilla.
522. D. Sección B.



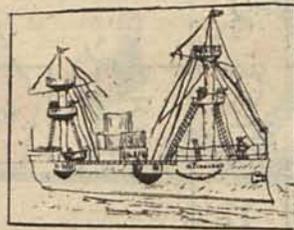
Pinocho, futbolista.
ALVARO FONTANAL Y BARÓN.
Ocho años. Toro. (Zamora.)
523. D. Sección A.



Apunte.
CLARITA GONZÁLEZ.
Sevilla.
524. D. Sección B.



El húsar de la Guardia.
CARLOS GONZÁLEZ
Y SÁNCHEZ.
Nueve años. Madrid.
525. D. Sección A.



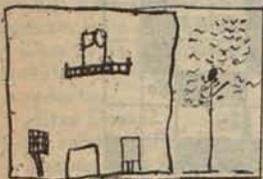
El barco de Pinocho.
EDUARDO ESTIRADO.
Doce años. Madrid.
526. D. Sección B.



Apunte.
VÍCTOR FERNÁN-
DEZ.—Once años.
Soto del Barco.
527. D. Sn. B.



«Ven, morte, ven axiña».
EUGENIO DE OÑATE.
Seis años. Lugo.
528. D. Sección A.



Mi casa.
RAMÓN GARCÍA.
Ocho años. Cáceres.
531. D. Sección A.



Un «taxi» va a los toros.
ANITA FLORÁN.
Doce años. Málaga.
533. D. Sección B.



El vendedor de globos.
JOSÉ CARRILLO.
Ocho años. Córdoba.
535. D. Sección A.

Carta a Pinocho.

A ti, Pinocho querido, me dirijo avergonzado por el tiempo transcurrido sin haberte formulado mi pedido. Perdona, pero es el caso que la culpa del retraso solo fué de tu parienta la antipática y maldita tabla de multiplicar; y aunque decirlo me afrenta —y me irrita—, yo te debo confesar, queridísimo Pinocho, que me encocora y revienta, más que los demás, «el ocho».

Dijo papá, enfurecido: —«No te consiento que escribas a Pinocho y que recibas el regalo consabido si no sabes de corrido toda la tabla»—. Y ganoso del galardón ofrecido, cinco meses he perdido, en estudiar afanoso la tabla de cabo a rabo, hasta que al postre y al cabo toda me la hube aprendido por modo tan portentoso, que, aunque yo no soy un lince, ya no me falla la cuenta, que dos por ocho son quince y ocho por seis son cuarenta.

Y pues por modo cumplido así dejo demostrado el provecho que he obtenido en este tiempo pasado, y que la tabla cargante me la sé ya de rutina, ahora te escribo, anhelante, esperando tu propina. ¡Pinocho, sé tú galante, y «apoquina»!

Y si obsequiarme procuras,

no retardes la remesa, mira que tengo gran prisa por leer tus aventuras; y en pago de tus finuras, te hago solemne promesa de prodigar tu reclamo ante el universo entero, pues bien sé que eres «el amo» de la gracia y del salero; y altanero y con orgullo proclamo que, por tu porte jocundo y por tu chiste y tu facha, ¡Pinocho, tú eres «un hacha», sin competencia en el mundo!

Y prosigamos la lista, que otro favor de ti espero. Tengo una hermana, Calixta, que en tu número postrero tuvo la suerte de ver el anuncio de *Mujer*, y Calixta, que es muy lista, y que quiere ser modista, dijo para su capote: —«¡Pidamos esta revista, que es bueno chupar del bote». Y el cupón te mando aquí, y perdona el estrambote, y no te quejes de mí, que por el foro me voy: ¡Si buena coba te di, mejor sablazo te doy!

Adiós, pues, y hasta otro rato que me recreen tus hazañas; mi saludo a Turulato y al Barón de las castañas; y como yo soy muy chato, admirando tu nariz, de proporciones extrañas, te quiere, con sus entrañas, tu amigo,

VICENTE RUIZ.
Don Benito (Badajoz).



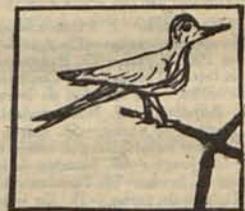
El chino.
IGNACIO ORTIZ.
12 años. Bilbao.
529. D. Sn. B.



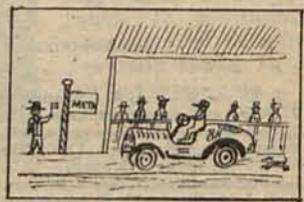
Jirafa.
LUIS VEGA.
Doce años.
Oviedo.
530. D. Sn. B.



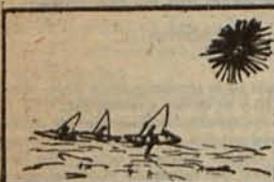
Una monja.
J. C.
Doce años. Bilbao.
532. D. Sección B.



Un jilguero.
CARLITOS TUÓN.
Cinco años. Madrid.
534. D. Sección A.



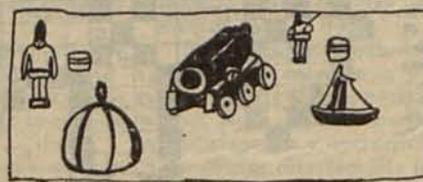
Llegada del auto de Pinocho.
C. T.
Cinco años. Madrid.
536. D. Sección A.



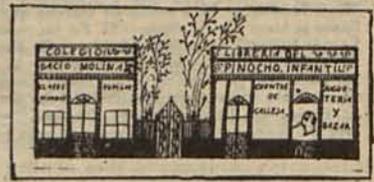
Regatas.
LOLA ACOSTA.
Diez años. Carabanchel.
537. D. Sección B.



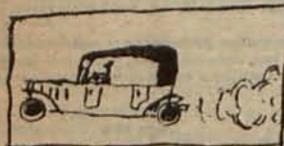
El buque España.
JOSÉ MATA.
Once años. Madrid.
538. D. Sección B.



Los juguetes de Pinocho.
MAGDALENA S. CANTILLO.
Once años. Sevilla.
539. D. Sección B.



Un colegio pinochista.
AMELIA BLANCO.
Once años. Buenos Aires.
540. D. Sección B.



El auto de mi tío.
JOSÉ MATA.
Once años. Madrid.
541. D. Sección B.



Mi finca en el Valle.
ISABELITA DE LA PEÑA.
Siete años. Vitoria.
542. D. Sección A.



Mis mejores amigos.
FRANCISCO DE VICENTE.
Once años. Madrid.
543. D. Sección B.



Mi casa en día de lluvia.
CONCHITA DE LA PEÑA.
Nueve años.
544. D. Sección A.

CIEN PREMIOS ESTUPENDOS

Pinocho, haciendo honor a su palabra, publica hoy los premios y condiciones del anunciado sorteo de Navidad de 1925. :-: Los premios serán nada menos que los siguientes:

- | | | | |
|-----|---|------------|---|
| 1.º | Una colosal bicicleta. | 11. | Un estuche de dibujo. |
| 2.º | Una máquina fotográfica. | 12.) | |
| 3.º | | 13.) | Una pluma estilográfica. |
| 4.º | | 14.) | |
| 5.º | Una preciosa muñeca o un estupendo balón de foot-ball. (El Pinochista premiado podrá, a su gusto, elegir el balón o la muñeca.) | 15.) | |
| 6.º | | 16.) | Una caja de acuarela. |
| 7.º | | 17.) | |
| 8.º | | | |
| 9.º | | 18 al 100. | Un lote de libros. Estos 82 premios (del 18 al 100) valdrán, entre todos, por lo menos 500 pesetas. |
| 10. | Un estuche de dibujo. | | |

CONDICIONES

1.ª Todo *suscriptor* a PINOCHO podrá pedir **gratis**, antes del 30 de noviembre de 1925, por el hecho de serlo, 100 números para el sorteo. Solicitando dichos números personalmente en la Administración, los recibirá completamente gratis. Si desea recibirlos en su casa, deberá remitir 50 céntimos para gastos de envío, y 80 céntimos si desea recibirlos certificados.

2.ª Cada *concurante* que haya obtenido premio o mención honorífica en la Gran Serie de Concursos permanentes de PINOCHO podrá pedir **gratis**, antes del 30 de noviembre de 1925, por el hecho de haber sido premiado una o más veces, 100 números para el sorteo. Deberá indicar, en todo caso, el número o números de PINOCHO en que se haya publicado su nombre como merecedor del premio o mención honorífica correspondiente. Solicitando dichos números en la Administración, los recibirá completamente gratis. Si desea recibirlos en su casa, deberá remitir 50 céntimos para gastos de envío, y 80 céntimos si desea recibirlos certificados.

3.ª Cada *autor* de uno o más trabajos publicados en la Gran Serie de Concursos permanentes de PINOCHO podrá pedir **gratis**, antes del 30 de noviembre de 1925, por el hecho de haberse publicado sus trabajos 100 números para el sorteo. Deberá indicar, en todo caso, el número o números de PINOCHO en que se haya publicado sus trabajos. Solicitando dichos números en la Administración, los recibirá completamente gratis. Si desea recibirlos en su casa, deberá remitir 50 céntimos para gastos de envío. Y 80 céntimos si desea recibirlos certificados.

4.ª El hecho de recibir 100 números para el sorteo por ser suscriptor a PINOCHO, no es obstáculo para recibirlos también por ser concursante premiado y también por ser autor de un trabajo publicado. Es decir, que el Pinochista que esté incluido en estas tres categorías podrá pedir 300 números, o sea 100 números por cada una de las categorías citadas.

5.ª Desde este número, hasta el que se publique el día 20 de diciembre, publicaremos un cupón para el sorteo de regalos. Todo Pinochista que nos envíe la colección completa de los cupones para el Sorteo de Regalos recibirá 100 números para el mismo.

6.ª El sorteo se realizará tan pronto como hayan podido clasificarse los cupones recibidos, y lo más tarde dentro del mes de enero de 1926. Dentro también de dicho mes de enero, se publicará la lista de números premiados.

7.ª El tomar parte en el sorteo implica la renuncia a toda clase de reclamaciones por cualquier concepto.

SORTEO DE REGALOS DE PINOCHO

NAVIDAD-REYES DE 1925

CUPÓN NÚM. 1

Enviado por el Pinochista Don

..... de años, y cuyas señas son

CORRESPONDENCIA

Salvador Ruiz. (Madrid).—Tu dibujo ha llegado en mal estado. No puedo publicar tu Don Turulato. Viene a lápiz y... ya sabes la suerte que le espera. Tinta negra, querido Salvador, tinta negra.

Hermínio Edmundo Urbani Martell. (Buenos Aires).—Mi querido Pinochista: Puedes enviarme cuantos dibujos quieras. Cuando tú estés seguro de que puedes «colaborar cosas buenas», es seguro que éstas serán buenisimas. No olvides remitirme con tus trabajos el correspondiente cupón de concursos.

Maria Teresa y Leopoldo Urrutia. (Valladolid).—Pirula leyó tus admirables versos—sólo comparables con los de Mercedes Rey—y se emocionó tan profundamente que perdió el conocimiento. Nada, que la tuvimos que abanicar con un pay-pay y no volvía en sí. Fueron unos momentos de apuro, unos instantes de sobresalto e inquietud. Cuando despertó, lo primero que dijo: «¡Que me los lean otra vez!»; pero yo, temiendo otro accidente, no me atreví a leerlos hasta verla otra vez restablecida. Ahora se sabe tus versos de memoria y los canta con música de «Rey moro tenía tres hijas». Hay que oírlos. ¡Qué voz! ¡Qué timbre! ¡Qué metal! ¡Qué campanillal! Por de contado que publicaré tu poesía. Y en cuanto al chiste de Leopoldo, no obstante estar algo gastado por el uso, también lo publicaré.

Besos, abrazos, etc., etc.

José Andreu Settler. (Valencia).—Querido Pepe: Tu hermosísima carta, generosa y abnegada como ella sola, me emociona profundamente. ¡Lástima no poderla transcribir aquí entera, sin quitarle ni ponerle una coma! Hablas de mí con verdadero entusiasmo, con fervor, y ello me marca. «¡Con qué ilusión—dices—esperamos mi hermana y yo el domingo para recibir noticias del simpático Don Turulato, de su simpático compañero Currinche; y luego... con cuánta alegría nos disponemos a acertar y a buscar soluciones de palabras cruzadas, de jeroglíficos, de problemas!... Y unas veces falta una *a* y otras veces sobra una *e*. ¡Suerte que esto es más divertido que aprender verbos!» Y sigue así tu carta; digo, no sigue así, sigue mejor todavía. Me das una idea admirable. Quieres que se instituya *El día de Pinocho*, festividad extraordinaria, «que podría ser la alegría de todos: de unos, por ayudarte con algo de la hucha; de otros, por gozar y reír con lo que tú inventarás». «Ningún Pinochista—agregas—te negará sus pesetas; por mi parte, mi modesta hucha está a tu disposición.» Gracias, Pepe. Meditaré la idea que me das. Pero antes de que se lleve a cabo, debo expresarte mi más profundo agradecimiento por esta carta tuya, tan extraordinariamente simpática, tan jovial y efusiva. Pinochistas como tú harán de PINOCHO, mi Revista—más vuestra que mía—, una revista insuperable.

Un abrazo de Pirula y otro mío, apretadísimo.

Luis Lemus. (Morelia, Méjico).—Queridísimo Luis: Aunque no lo hayas visto en esta correspondencia, son muchos los Pinochistas mejicanos, muchos y muy buenos. Tú vienes con deseos de romper el fuego; pero a decir verdad, éste se halla tronando desde hace mucho tiempo, y los proyectiles que penetran en esta redacción—cuentos, chistes, dibujos, pasatiempos, historietas—, procedentes de ahí, de Méjico, son excelentes, superan todo juicio, son incalificables. Así se ofrecen también los tuyos, tus dibujos, como nacidos en el valle de Guayangareo, junto al río Chiquito, y como madurados, además, para mayor plenitud, bajo los árboles del Parque Juárez, o en la fantástica Calzada de Santiaguillo. ¡Qué ambiente más propicio para el buen cuento, el buen dibujo y la bonita historietal! Llegó lo tuyo, como hijo de aquel paraje, en las mejores condiciones, estupendo. ¿Qué puedo decir más? Méjico me interesa; los Pinochistas mejicanos, muchísimo, y tú, querido Luis, como original amigo mío que eres, como Pinochista, y como mejicano que eres, mereces mi mayor interés, mi mayor afecto, mi saludo más cordial y efusivo. Aquí me tienes ahora en la gran meseta española, extendiendo mis brazos de madera, en un ademán caluroso, cariñoso, impetuoso, irrefrenable; extendiendo mis brazos, digo, hacia Méjico, tu país.

¡Salud, Pinochistas mejicanos!

Liro Estefanía Larralde. (Haro).—Como supondrás, tus chistes y dibujos quedan admitidos para ser publicados, a la mayor brevedad posible, en PINOCHO. En cuanto a la suscripción, ya di las órdenes oportunas. Te supongo contento.

Rogelio Pérez Valenzuela. (Habana).—He recibido tu dibujo acompañado de tres cupones. Es este derecho digno de tu largueza. Me gustó mucho tu

obra, y como te será fácil adivinar, estoy dispuesto a dar aquélla en mi Revista, la cual tienes, desde este momento, a tu disposición. Mándame, pues, cuantas cosas quieras, en la seguridad de que obtendrás ante mí y ante los Pinochistas un éxito definitivo. Tenemos muy buen gusto.

Juan Hernández Palacio. (Valladolid).—Es preciso que remitas tus trabajos, todos ellos, con su cupón correspondiente. Entre los dibujos que hoy mandas, escojo dos—los dos mejores, ya puedes suponerlo—, pues los demás, aunque están bien, como tuyos, no puedo publicarlos por carecer de aquel indispensable requisito. Para otra ocasión...

Eduardo Orduña. (Madrid).—Mi querido Eduardo: Perdóname. No puedo publicar tu problema, no debo publicarlo. Es tan sencillo, de tan poco interés, que todos los Pinochistas, incluso los más jóvenes, lo sacarían sin el menor esfuerzo. Remíteme otra cosa, otro problema, algo que sea digno de ti. Un novelista como tú, bien puede fraguar pasatiempos tan interesantes, por lo menos, como una de mis aventuras.

Federico Lusa. (Zaragoza).—Es lástima que tu problema se parezca tantísimo a otro problema que publiqué hace pocos números en mi revista. Tanto se le parece, que me veo en la precisión de guardar tu pasatiempo. Mándame otra cosa.

Francisco Leal Jusua. (Granada).—He recibido tus versos, que vienen a ser tan buenos, tan formales y de asunto tan hondo y serio, que no me parece oportuno, precisamente por esta seriedad de tus versos, darte los en PINOCHO. Tú comprenderás mi buena intención. En cuanto al problema, dice Pirula—y creo que lleva razón—, que esto no es un problema de palabras cruzadas. Acaso también comprendas esto. Tú lo comprendes todo, y cuando todo se comprende, no hay modo de disgustarse, ¿verdad? Mándame otras cosas, que yo sabré publicarlas inmediatamente. Tus trabajos te acreditan ante mis ojos. Eres un chico extraordinario.

Dolores Gugliel Sierra. (Granada).—El dibujo no puedo publicarlo. ¿Por qué? Por venir a lápiz. El cuento, en cambio, saldrá, lo publicaré. ¿Por qué? Por ser un cuento admirable, perfecto. Nada más tengo que decir a mi querida amiga.

Besos de Pirula, abrazos, etc., etc.

PINOCHO

CUPÓN DE CONCURSOS

DEL NUM. 38 El Pinochista D.

de años, y cuyas señas son

remite un trabajo para el Concurso de (1).

Fecha (Si es suscriptor, poner el número)

(1) Indicar el que sea de los nueve. Leer bien las condiciones; si falta alguno, no vale el envío. Poned en el sobre: EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Concursos PINOCHO. Apartado 447. — Madrid.

Resultado de las votaciones de los Pinochistas, correspondiente a los números 24, 25, 26, 27 y 28 de nuestra segunda serie de Concursos.

A su debido tiempo se constituyó el jurado para averiguar cuáles trabajos de los Pinochistas habían sido favorecidos por la votación imparcial de los lectores de PINOCHO. Resultado de aquella averiguación es la lista que insertamos más abajo.

A continuación de esta lista, y solo como mención honorífica, sin derecho a premio alguno, damos los nombres de los concursantes que han obtenido votos en estos concursos.

PROBLEMAS

Sección B.—39. Celestino Corcelles (Málaga).

CHISTES ILUSTRADOS

Sección A.—17. Fernando G. Guijarro.
Sección B.—41. Catro Ogaitúa (Valderas).

HISTORIETA

Sección A.—13. Carmencita Espinosa (Madrid).
Sección B.—8. Modesto Polo Sanz (Madrid).

DIBUJOS

Sección A.—133. Isabel María Lubián (Segovia).
Sección B.—181. Isidro Arcos (Albacete).

CHISTES SIN ILUSTRAR

Sección A.—16. Jaime Quiroga (Madrid).
Sección B.—17. Juanita Gómez.

CUENTOS

Sección A.—30. Luis Augusto García M. (Barcelona).
Sección B.—34. Flora Lia Avarado.

MENCIONES HONORÍFICAS

PROBLEMAS

Sección B.—Joaquín Herráiz (Murcia), Joaquín Vera (Alicante), Antonio Esteban (Madrid), Luis Flores de Losada (Segovia).

CHISTES ILUSTRADOS

Sección A.—León Villanueva (Castro Urdiales), Milagros Requena (Madrid).
Sección B.—Adrián Talegón (Madrid), A. Z. (Barcelona), José María Piñas (Sevilla).

HISTORIETAS

Sección A.—Abel Sánchez Azpiatz (Madrid).
Sección B.—Rafael de Lara (Valladolid).

DIBUJOS

Sección A.—Isidoro Palacios (Bilbao), Siro Estefanía (Haro), Carlos Herráiz Serrano (Madrid).
Sección B.—Carmen García Jiménez (Málaga), Concepción Alvarez (Madrid), Antonio Gil de Lezama (Madrid).

CHISTES SIN ILUSTRAR

Sección B.—Conchita Oria (Laredo), José Cerón (Algeciras), Juan M. Fanjul, Ricardo Murillo (Madrid), Jesús Cuzzani (Madrid), Celso Barrutia (Cazorla).

CUENTOS

Sección B.—María Teresa Bonal (Zaragoza), Manuel S. Hermoso, Rafael Bueno (Madrid).

¿SABEIS POR QUÉ?

¿POR QUÉ NOS ENGAÑAN NUESTROS OJOS?

Nuestros ojos nos engañan. Nuestros ojos no nos son completamente fieles. Esto no es una desgracia, precisamente. Si vemos las vías de un tren, que debieran ser siempre paralelas, converger en la lejanía, no nos dejamos engañar por nuestros ojos. Aunque ambos rieles los veamos muy juntos, ya sabemos demás que no lo están, que siguen, en aquel extremo, tan separados como en este donde nos hallamos. Esta torre que se alza detrás y por encima de este edificio me parece construida al lado mismo de este edificio, y, sin embargo, he visto después cómo la torre, que veía tan cercana, está a cincuenta metros, bastante distanciada de la casa. Semejante chasco no debe sorprendernos. Nuestros ojos no se hallan acondicionados para apreciar distancias por sí mismos. La experiencia, el continuo ejercicio, nos hace ver cuáles cosas están más o menos cerca de nosotros. Nuestros ojos, en realidad, no nos sirven más que para apreciar la luz y el color. Y nada más. Claro que llegamos a percibir también, por nuestros propios ojos, la forma de los objetos; pero en realidad esta cualidad de los cuerpos corresponde al tacto percibirla. Al principio nos costó mucho trabajo saber a qué distancia se hallan las cosas. Así vemos a los niños pequeñitos alargar la mano para ooger algo que no está a su alcance, por lejano. Tampoco podemos apreciar la forma de ciertos objetos, cuyo fondo viene a tener la misma coloración del objeto. Todo esto demuestra, no sólo que nuestros ojos, en casos especiales y determinados, nos engañan, sino también que el poder de nuestra vista es limitadísimo. Limitado, claro está, relativamente; limitado, si lo comparamos, por ejemplo, con el poder extraordinario de las águilas. Pero de todas formas, con arreglo a nuestras necesidades, nosotros vemos lo suficiente, y si sufrimos, en determinadas circunstancias, eso que han dado en llamar «ilusiones ópticas», no son éstas tan frecuentes como para desesperarnos. Muchas de aquellas ilusiones proceden de una cualidad especial de nuestros ojos, que viene a consistir en conservar por algunos instantes las imágenes de los objetos, después de haber desaparecido éstos de nuestra presencia. Ello puede comprobarse fácilmente: Tomemos una cartulina; dibujemos en ella, en uno de los lados, una barrera, y en el extremo opuesto, un hombre subido en

un caballo. Si hacemos girar esta cartulina nos parecerá que el caballo salta la barrera. Y en realidad ocurre así, pero no en el papel, sino en nuestros ojos. Acabamos de ver la barrera; su imagen permanece aún en nosotros cuando se allega el caballo, quien nos hace experimentar la *ilusión* de verlo saltar el obstáculo que hay en el otro extremo del papel. En esto se funda el cinematógrafo, término que significa «fotografía en movimientos». Si tomamos una serie de vistas, una inmediatamente después de otra, de un partido de fútbol, una corrida de toros o una regata, a una velocidad de unas cuarenta por segundo, y después hacemos pasar estas fotografías a través del objetivo de una linterna mágica, con idéntica velocidad a la que fueron tomadas las vistas, veremos el partido, la corrida o la regata tal y como fue en la realidad, dotados de movimiento. El ojo conserva la impresión de cada fotografía el tiempo suficiente para que pueda enlazarse con la siguiente, y ello nos hace ver el espectáculo con una gran realidad. De donde venimos a sacar la siguiente conclusión: Es bueno, beneficioso, que nuestros ojos nos engañen. Si no fuera por estos engaños el cinematógrafo no existiría. Si al desaparecer un objeto de nuestros ojos no lo siguiéramos viendo durante una fracción de segundo, el cinematógrafo trepidaría tremendamente, y de un espectáculo entretenido que es hoy, se convertiría en espectáculo, no sólo aburrido, sino molesto, antipático. Ello sería de lamentar, no sólo por lo que el *cine* tiene de entretenido, sino también, y principalmente, por lo que este invento tiene de instructivo. Por él consiguen ver los estudiantes de medicina las operaciones realizadas, a miles de kilómetros, por doctores famosos; se han visto los pájaros alimentando a sus pequeños; hanse tomado películas de animales exóticos; sirve el *cine*, además, para la enseñanza de la geografía y de la historia; se reproducen en aquél ciertas funciones orgánicas, como la circulación de la sangre, tomada de los pies de una rana, etc., etc. Y todo ello, como decíamos, debido a un engaño de nuestros ojos. No hay por qué disgustarse. Engaños hay, como vemos, que merecen nuestra gratitud.

HAZAÑAS DEL RATON DON ROEQUESO



lallehen



SECCIÓN PIRULA

PIRULA, MUEBLISTA

Biombo.—Sin duda sabéis todas, lectoritas mías, lo que es un biombo; pero es muy posible que no os hayáis detenido a pensar en las múltiples aplicaciones que puede tener.

Porque un biombo no sirve solamente para separar un gabinete de una alcoba, resguardar una cama de las

corrientes de aire y demás «seriedades» por el estilo.

Un biombo es también—sea dicho entre nosotras, niñas y muñecas—un accesorio insustituible para los juegos infantiles.

Por ejemplo, os puede servir de «guñón»: por encima del biombo

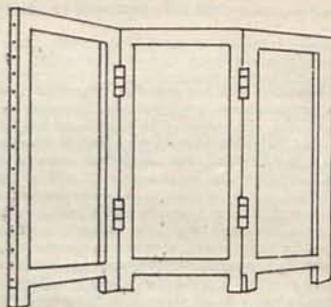
aparecerán los muñecos, cuyos brazos moveréis diestramente mientras diréis un sin fin de cosas divertidas que harán reír a carcajadas a vuestros amiguitos, sentados, en calidad de espectadores, al otro lado del biombo.

También puede hacer las veces de telón si dais, en pequeño comité, alguna función de teatro de las que ha publicado PINOCHO, pongo por caso de obras bonitas.

Ahora que si le pedís a mamá que os deje para cual-

quiera de estas finalidades el biombo de la sala o el de su cuarto, que a lo mejor son de cristal, de estilo Luis XV o de estilo chino con dragones bordados en oro, es probable que mamá se niegue, y no sin razón, a acceder a vuestro deseo.

Por eso os encantará, se-



guramente, tener un biombo para vosotros, en vuestro cuarto, y este biombo habrá de ser bonito—¡para chasco que no lo fuera!—, y original—¡pues no faltaría otra cosa!—, y risueño—¡naturalmente!—, y sencillo de hacer, práctico y fuerte.

¿No os pa-

rece que el modelo adjunto reúne todas estas condiciones?

Sólo tendréis necesidad de encargar un modestísimo bastidor de tres hojas; luego ya sabréis pintar en el lienzo, con vuestra acostumbrada maestría—también puede hacerse con tela recortada—, el dibujo de las tres chiquillas, juguetonas y saltarinas, con sus kirikis triunfantes, sus ojos de canicas y sus bocas de rendija de hucha.

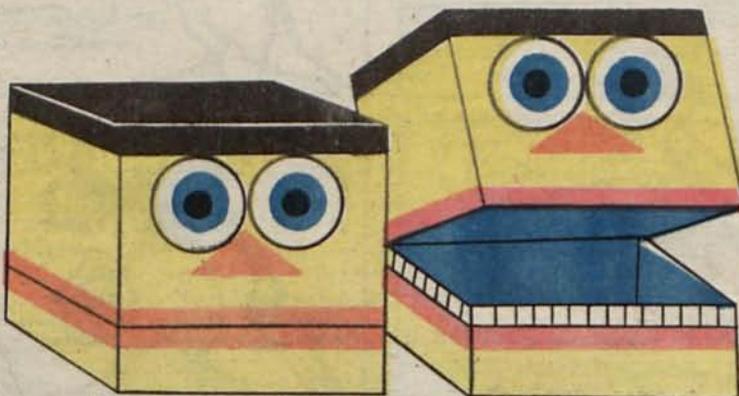
■ ■ ■

PIRULA, PINTORA

Caja para pañuelos.—Ninguna noticia mejor para mí, queridas lectoritas, que la que me trajeron vuestras numerosas cartas, hace poco tiempo, anunciándome que os habían gustado los pañuelitos que os dibujé.

A estas horas estoy segura de que ya habéis reproducido todos los dibujos y que os encantaría tener una caja especial para la colección que ha salido, bordada y «vainiqueada»—ésta es una palabra de mi invención—, de vuestras primoras manecitas.

Como veis, me anticipo



a vuestro deseo. Esta es una caja de cartón vulgar; pero una vez que la hayáis pintado de la manera facilísima que indica el grabado parecerá una especie de monstruo triston y grotesco, que abre una bocaza enorme para tragarse los pañuelos; ni más ni menos que si éstos fueran la más sabrosa de las golosinas.

Pero, lejos de tragárselos, os los guardará cuidadosamente, limpios y planchados, pues tal es la misión que Pirula le ha confiado al crearlo.

■ ■